FASCISMO Y COMUNISMO

FRANÇOIS FURET
ERNST NOLTE

FASCISMO Y COMUNISMO

FRANÇOIS FURET
ERNST NOLTE

¿Es posible buscar un núcleo racional a la paranoia antisemita de Hitler? ¿Acaso se efectúa una apología si se lo considera una reacción contra el bolchevismo? Si por horror a sus crímenes se esgrime el carácter único del nazismo, ¿no se corre el riesgo de que toda tentativa de compararlo con otras experiencias contemporáneas sea considerada una comprensión culpable, y los historiadores del siglo XX sólo puedan callarse, so pena de ser acusados de complicidad postuma?

Estos interrogantes conforman el eje de la correspondencia que, entre 1991 y 1997, mantuvieron François Furet y el historiador alemán Ernst Nolte, a raíz de la interpretación del fascismo propuesta por este último. Las ocho cartas que reproduce este volumen –publicadas anteriormente en la revista *Commentaire*– constituyen un ensayo acerca del siglo XX, el fascismo y el comunismo, y contribuyen a eliminar los tabúes y a construir una atmósfera de tolerancia, imprescindible para el desarrollo del pensamiento.

A pesar de todas sus diferencias, ambos intelectuales coinciden en los interrogantes acerca del presente, "el melancólico telón de fondo de este fin de siglo", que nos halla encerrados en un horizonte único de la historia, arrastrados hacia la uniformización del mundo y la alienación de los individuos.

ISBN 950-557-299-9

ACCESO ABIERTO

Sección de Obras de Política y Derecho

FASCISMO Y COMUNISMO

Traducción de
VÍCTOR GOLDSTEIN

FRANÇOIS FURET
ERNST NOLTE

FASCISMO Y COMUNISMO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 1998
Primera edición en español, 1999

Traducción de las cartas de Ernst Nolte
del alemán por Marc de Launay

Título original:
Fascisme et communisme
© Librairie Plon
ISBN de la edición original: 2-259-18956-3

D. R. © 1998, Fondo de Cultura Económica
de Argentina, S. A.
El Salvador 5665, 1414 - Buenos Aires
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D. F.

ISBN: 950-557-299-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

NOTA DEL EDITOR FRANCÉS

En el verano de 1996, François Furet se propuso publicar en la revista *Commentaire* su correspondencia con el famoso historiador alemán Ernst Nolte. Esta correspondencia estaba apareciendo en Italia y el debate que suscitaba producía un gran interés tanto de ese lado de los Alpes como en Alemania.

El intercambio nació a partir de una nota que François Furet había dedicado, en su último libro, *El pasado de una ilusión*, a la interpretación del fascismo propuesta por Nolte. En enero de 1996, Ferdinando Adornato, redactor en jefe de la revista *Liberal* de Roma, asumió la iniciativa de pedir a Nolte que contestara tal análisis, cosa que éste hizo en forma de una carta que, a su vez, fue respondida por Furet. Así se encadenaron las ocho cartas que forman el ensayo que presentamos a continuación sobre el siglo XX, el comunismo y el fascismo.

En mayo de 1997, François Furet había logrado el acuerdo de Ernst Nolte para preparar una edición francesa, había corregido una última vez su texto y había acordado con nosotros –durante un viaje a la isla de Aix, lugar de la última estancia de

GUSTAVO E. MEDINA

Napoleón en Francia– qué forma se daría a dicha publicación.

Entonces recibimos la horrible noticia. François Furet había muerto en Toulouse, el 11 de julio de 1997.

Así, pues, luego de su fallecimiento apareció esa correspondencia en *Commentaire* (números 79 y 80, otoño de 1997 e invierno de 1997-1998). Ella da fe de la reflexión de François Furet acerca de nuestro destino histórico, ya que se trata de un análisis de todo el siglo XX, que prolonga su último libro y que está estimulado por el encuentro y el debate con el historiador y filósofo alemán, quien a su vez dedicó su obra a una cuestión mayor para Europa, la de las fuentes que forman las matrices del comunismo y el fascismo.

Esta edición reproduce las cartas de Ernst Nolte y François Furet tal y como aparecieron en *Commentaire*. Las de Ernst Nolte fueron traducidas del alemán al francés por Marc de Launay y fueron revisadas por el autor y la redacción de *Commentaire*.

La correspondencia entre ambos historiadores culmina con las líneas de François Furet ubicadas como epígrafe de este volumen en homenaje a su memoria. Con una tristeza tocquevilliana, esas líneas expresan sus sentimientos al final de su vida y describen la situación de Europa a fines del siglo XX.

Commentaire

Éste es el telón de fondo melancólico de este fin de siglo. Aquí estamos, encerrados en un horizonte único de la Historia, arrastrados hacia la uniformización del mundo y la alienación de los individuos en la economía, condenados a moderar sus efectos sin tener contacto con sus causas. La Historia resulta tanto más soberana en la medida en que acabamos de perder la ilusión de gobernarla. Pero, como siempre, el historiador debe reaccionar contra aquello que, en la época en que escribe, adopta un aspecto de fatalidad: demasiado bien sabe que ese tipo de evidencias colectivas son efímeras. Las fuerzas que trabajan para la universalización del mundo son tan poderosas que provocan encadenamientos de circunstancias y situaciones incompatibles con la idea de leyes de la Historia, a fortiori *con la de una posible previsión. Hoy menos que nunca debemos jugar a los profetas. Comprender y explicar el pasado ya no es tan sencillo.*

FRANÇOIS FURET

I

Sobre la interpretación del fascismo de Ernst Nolte

FRANÇOIS FURET

Para la historia del siglo XX, la guerra de 1914[1] tiene el mismo carácter de matriz que la Revolución Francesa para el siglo XIX. De ella salieron directamente los acontecimientos y movimientos que se hallan en el origen de las tres "tiranías" de las que habla Élie Halévy en 1936. La cronología lo expresa a su manera, ya que Lenin toma el poder en 1917, Mussolini en 1922, y Hitler fracasa en 1923 para tener éxito diez años más tarde. Ello permite suponer una comunidad de época entre las pasiones suscitadas por tales regímenes inéditos, que convirtieron la movilización política de los ex soldados en la palanca de la dominación exclusiva de un partido único.

De este modo se abre otro camino para el historiador hacia la comparación de las dictaduras del

[1] Este texto de François Furet está tomado de su último libro, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idëe communiste au XX^e siècle*, Laffont y Calmann-Lévy, 1995, pp. 194-196. Edición en español: *El pasado de una ilusión. Ensayo acerca de la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 188-190.

siglo XX. Ya no se trata de examinarlas a la luz de un concepto, en el momento en que alcanzaron respectivamente la cima de su curva, sino más bien de seguir su formación y sus éxitos, de modo de captar lo que cada una tiene a la vez de específico y de común con las otras. Finalmente, resta comprender qué debe la historia de cada una a las relaciones de imitación u hostilidad que mantuvo con los regímenes de los cuales tomó en préstamo algunos rasgos. Por otra parte, imitación y hostilidad no son incompatibles: Mussolini se vale de Lenin, pero lo hace para vencer y prohibir el comunismo en Italia. Hitler y Stalin ofrecerán muchos ejemplos de complicidad beligerante.

Esta aproximación, que forma una condición previa natural para el inventario de un ideal tipo como "totalitarismo", tiene la ventaja de ceñir más de cerca el movimiento de los hechos. Y presenta el riesgo de ofrecer una interpretación demasiado simple de ellos, a través de una causalidad lineal según la cual el antes explica el después. Así, el fascismo mussoliniano de 1919 puede ser concebido como una "reacción" a la amenaza de un bolchevismo a la italiana, también él surgido de la guerra y constituido en mayor o menor medida sobre el ejemplo ruso. Reacción en el sentido más amplio de la palabra, ya que Mussolini, proveniente como Lenin de un socialismo ultrarrevolucionario, tiene una gran facilidad de imitarlo para combatirlo. Por eso, puede tomarse la victoria del bolchevismo ruso en oc-

tubre de 1917 como el punto de partida de una cadena de "reacción" a través de la cual el fascismo italiano primero y el nazismo luego aparecen como respuestas a la amenaza comunista, pero hechas con el mismo modo revolucionario y dictatorial del comunismo. Una interpretación de este tipo puede conducir, si no a una justificación, cuando menos a una disculpa parcial del nazismo, como lo mostró el reciente debate de los historiadores alemanes sobre el tema:[2] ni siquiera Ernst Nolte, uno de los especialistas más profundos en los movimientos fascistas, pudo escapar a esa tentación.

Desde hace veinte años, pero sobre todo desde el debate que enfrentó en 1987 a los historiadores alemanes sobre la interpretación del nazismo (*Historikerstreit*, 1987), el pensamiento de Ernst Nolte, en Alemania y el Occidente, fue objeto de una condena tan sumaria que merece un comentario particular.

Uno de sus méritos es haber hecho, muy tempranamente, caso omiso de la interdicción para poner en paralelo comunismo y nazismo: interdicción más o menos general en Europa occidental –sobre todo en Francia y en Italia, y particularmente absoluta en Alemania por razones evidentes–, y cuya fuerza no está extinguida. A partir de 1963, en su libro so-

[2] *Historikerstreit*, Munich, 1987. Traducción al francés: *Devant l'Histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, Éditions du Cerf, col. Passages, 1988.

bre el fascismo,[3] Nolte expresó las grandes líneas de su interpretación histórico-filosófica, neohegeliana y heideggeriana a la vez, del siglo XX. El sistema liberal, por cuanto ofrece de contradictorio y de indefinidamente abierto sobre el porvenir, constituyó la matriz de las dos grandes ideologías, comunista y fascista. La primera, cuya senda abrió Marx, lleva al extremo la "trascendencia" de la sociedad moderna, por lo cual el autor entiende la abstracción del universalismo democrático que arranca el pensamiento y la acción de los hombres de los límites de la naturaleza y la tradición. En sentido inverso, el fascismo quiere tranquilizar a los hombres contra la angustia de ser libres y sin determinaciones. Y extrae su inspiración lejana de Nietzsche y su voluntad de proteger la "vida" y la "cultura" contra la "trascendencia".

Debido a esto, no es posible estudiar las dos ideologías en forma separada: juntas, y de manera radical, despliegan las contradicciones del liberalismo, y su complementariedad-rivalidad ocupó todo nuestro siglo. Pero también se inscriben en un orden cronológico: la victoria de Lenin precedió a la de Mussolini, para no hablar de la de Hitler. La primera condiciona a las otras dos, según Nolte, quien no dejará de profundizar esta relación en sus libros

[3] *Der Faschismus in seiner Epoche*. Traducción al francés: *Le fascisme en son époque*, 3 vol., Julliard, 1970. Traducción al español: *El fascismo en su época*, Barcelona, Península, 1963.

posteriores:[4] en el plano ideológico, el extremismo universalista del bolchevismo provoca el extremismo de lo particular en el nazismo. En el plano práctico, el exterminio de la burguesía realizado por Lenin en nombre de la abstracción de la sociedad sin clases crea un pánico social en el punto de Europa más vulnerable a la amenaza comunista; provoca el triunfo de Hitler y el contraterrorismo nazi.

Sin embargo, el propio Hitler conduce un combate perdido de antemano contra sus enemigos: él también se ve atrapado en el movimiento universal de la "técnica" y utiliza los mismos métodos del adversario. Hitler, al igual que Stalin, alimenta el fuego de la industrialización. Pretende vencer el judeobolchevismo, ese monstruo de dos cabezas de la "trascendencia" social, pero quiere unificar a la humanidad bajo el dominio de la "raza" germana. Por lo tanto, en esta guerra programada nada quedará de las razones para ganarla. Así, por su evolución, el nazismo traiciona su lógica original. Es incluso en tales términos que, en una de sus últimas obras[5],

[4] *Die Faschistischen Bewegungen*, 1966; traducción al francés: *Les mouvements fascistes*, Calmann-Lévy, 1ª ed., col. Liberté de l'esprit, dirigida por Raymond Aron, 1969, 2ª ed., 1991; *Deutschland und der Kalte Krieg*, 1974; y sobre todo *Der Europäische Bürger Krieg, 1917-1945*, 1987. De este último existe traducción al español: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nazismo y bolchevismo*, México, FCE, 1994.

[5] *Martin Heidegger, Politik und Geschichte im Leben und Denken*, 1992. Traducción al español: *Heidegger. Política e historia en su vida y pensamiento*, Madrid, Tecnos, 1998.

Nolte explica y justifica el corto período militante de Heidegger –quien más tarde fue su maestro– en favor del nazismo. El filósofo habría tenido razón de sentirse entusiasmado por el nacionalsocialismo, y al mismo tiempo de decepcionarse rápidamente de él.

Es entendible cómo y por qué los libros de Nolte disgustaron a las generaciones de posguerra, encerradas en la culpabilidad, o en el temor de debilitar el odio al fascismo tratando de comprenderlo, o simplemente por conformismo de época. En el caso de las dos primeras conductas, por lo menos las razones son nobles. El historiador puede y debe respetarlas. Si las imitara, empero, se privaría de tener en cuenta el terror soviético como uno de los elementos fundamentales de la popularidad del fascismo y el nazismo en los años veinte y treinta. Debería ignorar lo que el advenimiento de Hitler debe a la anterioridad de la victoria bolchevique y al contraejemplo de la violencia pura erigida por Lenin como sistema de gobierno, y por último, a la obsesión de la *Komintern* por extender la revolución comunista a Alemania. En realidad, el veto que se establece sobre este tipo de consideraciones impide hacer la historia del fascismo y se corresponde en el orden histórico con el antifascismo versión soviética en el orden político. Al prohibir la crítica del comunismo, este tipo de antifascismo historiográfico bloquea también la comprensión del fascismo. Entre otros méritos, Nolte tuvo el de romper este tabú.

Lo triste es que en la discusión de los historiadores alemanes sobre el nazismo, Nolte haya debilitado su interpretación por exageración de su tesis: quiso convertir a los judíos en los adversarios organizados de Hitler, en tanto que aliados de sus enemigos. No porque fuese un "negacionista". En varias oportunidades expresó su horror por el exterminio de los judíos por los nazis, e inclusive la singularidad del genocidio judío como la liquidación industrial de una raza. Sostiene la idea de que la supresión de los burgueses como clase por parte de los bolcheviques mostró el camino, y que el Gulag es anterior a Auschwitz. Pero el genocidio judío, si bien se inscribe en una tendencia de época, según su visión no es sólo un medio para la victoria; conserva la espantosa particularidad de ser un fin en sí mismo, un producto de la victoria, cuyo mayor objetivo fue la "solución final". Sin embargo, al tratar de descifrar la paranoia antisemita de Hitler, en un escrito reciente, Nolte pareció encontrarle una suerte de fundamento "racional" a partir de una declaración de Jaim Weizmann, en nombre del Congreso Judío Mundial, en septiembre de 1939,[6] en la que pide a los judíos de todo el mundo que luchen junto a Inglaterra. El argumento es molesto y falso a la vez.

Sin duda, remite a ese fondo de nacionalismo alemán humillado que sus adversarios reprochan a Nolte desde hace veinte años, y que constituye uno

[6] *Devant l'Histoire*, ob. cit., p. 15.

de los motores existenciales de sus libros. Sin embargo, incluso en lo que tiene de cierto, la imputación no puede desacreditar una obra y una interpretación que se encuentran entre las más profundas que haya producido este último medio siglo.[7]

[7] Véanse Hans Christof Kraus, "L'historiographie philosophique d'Ernst Nolte", en *La Pensée Politique*, Hautes Études-Le Seuil-Gallimard, 1994, pp. 59-87; Alain Renaut, prefacio a Ernst Nolte: *Les mouvements fascistes*, ob. cit., 2ª ed., 1991, pp. 6-24.

II

Más allá de los atolladeros ideológicos

ERNST NOLTE

Querido colega,

A propósito de su libro *Le passé d'une illusion*, me gustaría hacerle partícipe de algunas reflexiones que serán más personales y menos detalladas que aquellas que, a pedido de Pierre Nora, redacté en mi postura publicada en *Le Débat*.[1]

Hace ya casi un año que tuve noticias de su libro a través de un artículo de la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, que no sólo subrayaba su importancia, sino que daba cuenta expresamente de la larga nota de las páginas 195-196,* donde se refería usted a mis propios trabajos. Así tomé conocimiento de su libro antes de lo que sin duda lo habría hecho en circunstancias comunes y lo leí, línea por línea,

[1] Ernst Nolte, "Sur la théorie du totalitarisme", *Le Débat*, 1996, nº 89, pp. 139-146. Traducción al español: "Sobre la teoría del totalitarismo", *Punto de Vista*, nº 55, Buenos Aires, agosto de 1996, pp. 19-22.

* Nota que en la edición en español corresponde a la nota 13, pp. 189-190, y que aquí representa gran parte del texto precedente de Furet. (N. del E.)

con el mayor interés, no sin experimentar, por añadidura, un placer de orden estético.

Pronto comprobé que su obra estaba liberada de los dos atolladeros u obstáculos que en Alemania arrinconan toda reflexión sobre el siglo XX en un espacio estrecho y que a despecho de todos los esfuerzos individuales meritorios, desde el vamos la tornan impotente. En Alemania, de hecho y en principio, esta reflexión se vinculó de entrada casi exclusivamente al nacionalsocialismo, y tal como sus consecuencias catastróficas son evidentes, con demasiada frecuencia las fórmulas han reemplazado el trabajo del pensamiento –fórmulas como, por ejemplo, "ideas delirantes", "senda alemana singular" o "pueblo criminal"–.

En realidad, existieron dos perspectivas de reflexión que iban más allá de los límites alemanes, pero una, la teoría del totalitarismo, era considerada obsoleta por todos los "progresistas" desde mediados de los años sesenta, o incluso parecía ser un instrumento de la Guerra Fría. La otra, la teoría marxista, sólo raramente fue desarrollada con las suficientes consecuencias para hacer figurar al Tercer Reich como un simple elemento de un conjunto más amplio, y que en esa medida apareciesen como más culpables aun, por ejemplo, el imperialismo occidental o la economía capitalista mundial.

Izquierdas alemana y francesa

La izquierda alemana no mantenía una relación unívoca con su propia historia, pues ésta tampoco había sido unívoca. No existía ningún gran acontecimiento con el que hubiera podido identificarse sin reservas, pues hasta las guerras de liberación contra la Francia napoleónica no carecían de lo que se imaginaba como móviles "reaccionarios", y la revolución de 1848 había sido un "fracaso". Únicamente una fracción minoritaria de la izquierda alemana se había identificado con la Revolución Rusa, y la parte de lejos mayoritaria y más importante, la socialdemocracia, era resueltamente opuesta, tanto en la teoría como en la práctica, a una extensión de esta revolución a Alemania. Por cierto, si hubiera sido posible cuantificar el entusiasmo y la intensidad de la fe que dicha revolución no había dejado de suscitar en el seno de la izquierda, más de la mitad hubiera debido atribuírsele al Partido Comunista Alemán (KPD), pues los socialdemócratas sólo lucharon contra los comunistas con –podría decirse– una "mala conciencia socialista", y el KPD, en Alemania, fue el único partido cuyo peso, al filo de las elecciones, se incrementó de manera consecuente, inclusive durante el escrutinio de noviembre de 1932 donde los nacionalsocialistas padecieron una severa derrota. Sin embargo, incluso entre los jóvenes neomarxistas de los años setenta, poco numerosos eran aquellos que, retrospectivamente, hubieran considerado posible una victoria comunista en el momento

crucial 1932-1933 y que hubieran acusado a los socialdemócratas de "traición". Ahora bien, precisamente es esta opinión, por cierto no sin una inflexión opuesta, lo que constituía la tesis del anticomunismo de "derecha" y que tampoco podía aceptarse *post festum*, es decir, que el comunismo hubiera representado un peligro real, y que era *por esta razón* por lo que el nacionalsocialismo había adquirido tanto poder. Sin embargo, incluso según la visión de los grandes partidos de la "democracia weimariana" reconstruida en Bonn luego de 1945, tal concepción sólo podía resultar errónea y peligrosa, porque ofrecía demasiadas analogías con la tesis nacionalsocialista que pretendía "salvar a Alemania del bolchevismo", y porque en una alianza con los Estados Unidos había existido un compromiso de rechazar los ataques del "estalinismo totalitario" y de sus representantes alemanes en Berlín oriental.

Por cierto, la teoría del totalitarismo ofrecía una escapatoria que permitía distinguir anticomunismo "democrático" y anticomunismo "totalitario", pero ésta no prevaleció durante mucho tiempo y luego, de la derecha a la izquierda, de la prensa a la universidad, casi todos los portavoces se pusieron de acuerdo para concentrar toda la atención en el examen del nacionalsocialismo y no preocuparse por el "estalinismo" sino sólo de pasada y sin hablar para nada de un "movimiento comunista mundial". Éstos son los dos "atolladeros" que yo evocaba.

En cambio, en su libro, usted parte del "ideal comunista" y ve en él la más poderosa realidad ideo-

lógica del siglo. No lo encierra en los límites de Rusia donde rápidamente prevaleció una política exterior pragmática y habla del "embrujo universal de Octubre" que, también y sobre todo en Francia, despertó el entusiasmo de cantidad de intelectuales. Usted puede hacerlo porque proviene de la izquierda francesa que, contrariamente a su compañera alemana, dispone, en la historia nacional, de un gran acontecimiento que infatigablemente puede reivindicar –la Revolución Francesa–, y a partir del cual pudo considerar la Revolución Rusa como una consecuencia y una semejanza; revolución por la cual podía experimentar –sin la menor mala conciencia– cuando menos simpatía, si no es que llegaba a identificarse con ella sin reservas.

Por eso, no fue en absoluto azaroso si una gran mayoría del Partido Socialista, en el congreso de 1920 en Tours, se sometió a la Tercera Internacional, y si grandes historiadores de la Revolución Francesa como Aulard y Mathiez simpatizaron con ese movimiento mundial, y hasta se convirtieron en miembros. Pero también otras personalidades que usted menciona, hombres tales como Pierre Pascal, Boris Souvarine o Georg Lukács, fueron entusiastas y convencidos, y usted mismo, a todas luces, no niega ni su interés ni su simpatía por tal entusiasmo. Por supuesto, la realidad histórica minó poco a poco esta fe en un Pierre Pascal, en un Boris Souvarine, como en tantos otros, y usted mismo sigue las huellas de estos disidentes; sin embargo, a despecho

de toda distancia, sigue viendo en la Revolución Rusa de Octubre y en su irradiación mundial el acontecimiento político fundamental del siglo XX. Usted prosigue el examen de su irradiación hasta que, agotada por la lucha con múltiples realidades, pierde su fuerza interna y termina por ser definitivamente considerada como lo que era desde el comienzo en virtud de su índole utópica, es decir, una "ilusión".

Pero además usted da otro paso que, a mi juicio, no es menos decisivo. Si el acontecimiento fundamental del siglo XX resulta ser finalmente una ilusión, las reacciones militantes que suscitó no pueden ubicarse más allá de toda comprensión ni ser totalmente carentes de legitimidad histórica; también es preciso que sea considerado como un residuo injustificado de la visión comunista el hecho de negarse a percibir "el otro poder de fascinación del siglo de ningún otro modo que como un crimen". Esta apreciación del "otro gran mito del siglo", es decir, el mito fascista, lo expondrá, incluso en Francia, a tropezar con muchas oposiciones, mientras que en la Alemania actual corre el riesgo de convertirse rápidamente en una "persona infrecuentable".

Por lo que a mí respecta, sin embargo, tiene perfectamente razón, en la medida en que nadie, razonablemente, podrá sospechar que usted piensa que la lucha entre la idea comunista y la contraidea fascista sería el *único* contenido de la historia del siglo entre 1917 y 1989-1991, o que "el" fascismo debería ser considerado como una suerte de idea platónica,

sin tener en cuenta las diferencias y los presupuestos múltiples que determinan todas las realidades históricas y por tanto también la realidad del movimiento comunista mundial.

Por un camino totalmente distinto del suyo, yo logré superar esos dos "atolladeros" y por lo tanto elaborar la concepción (bosquejada desde hace mucho tiempo) de la guerra civil ideológica del siglo XX. También yo me hubiera quedado en el interés exclusivo por el nacionalsocialismo y sus "raíces alemanas" si, por azar, no hubiera descubierto las influencias ejercidas, tanto por Marx como por Nietzsche, sobre el pensamiento socialista del joven Mussolini. Únicamente por esta razón "el fascismo" pudo convertirse para mí en un objeto en mi libro de 1963; y la definición general del fascismo como forma militante del antimarxismo, de igual modo que la definición específica del nacionalsocialismo como "fascismo radical", contenía ya virtualmente todo aquello que desde entonces pude pensar y escribir. Pero aquello que para usted fue el punto de partida, "la idea comunista", para mí permaneció, un poco más o menos durante mucho tiempo, en un segundo plano que no era realmente explícito, y sólo en 1983 con mi libro *Marxisme et révolution industrielle*, y sobre todo en 1987 con *La guerre civil européenne, 1917-1945*, las cosas se modificaron.

La versión genético-histórica del totalitarismo

Así, tomando puntos de partida distintos y sirviéndonos de caminos diferentes, llegamos, si no me equivoco, a esa concepción que yo llamo la "versión histórico-genética de la teoría del totalitarismo", y que se distingue casi tanto de la versión político-lógico-estructural de Hannah Arendt y Carl J. Friedrich como de la teoría marxista-comunista.

No obstante, parecería que entre nosotros existe un muy profundo punto de divergencia. En la nota de su libro que yo evocaba, escribe usted que es triste que yo haya exagerado mi interpretación y que haya dado "una suerte de fundamento racional" a "la paranoia antisemita de Hitler". Por cierto, frente a usted no necesito subrayar que el acontecimiento singular que fue la destrucción masiva desencadenada por la "solución final de la cuestión judía" suministró importantes justificaciones al hecho de que la investigación alemana se haya concentrado en el nacionalsocialismo. Y por su parte, con seguridad usted me concederá que en la Historia lo que es singular tampoco puede ser considerado como un "absoluto" ni ser tratado como tal. A lo cual añado lo siguiente: un crimen de masas singular no es menos espantoso y condenable si puede dársele un fundamento racional inteligible; más bien sería al contrario. ¿Puedo recordarle que en uno de sus artículos de 1978 usted criticó la interpretación simplista del

sionismo que hacía la izquierda francesa, y escribió que la índole de ese fenómeno no podía ser aislada del mesianismo judío? No utilizó comillas, considerando entonces que el término era legítimo, aunque a todas luces sabía, tanto como yo, que también era posible hablar de un mesianismo "ruso" o "chiíta". En consecuencia, pienso que la "solución final" tampoco puede ser inteligible (*verstehbar*) –por oposición a comprensible (*verständlich*)– sin recurrir al "mesianismo judío" en cuanto tal y a la representación que de él tenían Adolf Hitler y buena cantidad de sus adeptos. Por eso, no creo que sea imposible allanar la diferencia que nos separa.

Como quiera que sea, y para emplear una expresión muchas veces citada del escritor alemán de origen francés Theodor Fontane, éste es un "vasto campo". Muchas palabras, muchas reflexiones serán necesarias para cultivar este campo de la manera conveniente.

Todo permite suponer que en mis palabras se encontrará un motivo para denigrarlo en Alemania, y hasta incriminarlo si expreso que el éxito de su libro me regocija casi tanto como a usted; pero creo que en su país los prejuicios y la histeria no son tan poderosos como en el mío.

Reciba usted, Señor Profesor, mis saludos más atentos.

ERNST NOLTE

Berlín, 20 de febrero de 1996

III

Un tema tabú

FRANÇOIS FURET

Querido colega,

Al dedicarle esa larga nota bien sabía que en su país, e incluso más allá, iba a desatar sentimientos de hostilidad hacia mi libro.* No ocurrió otra cosa, hasta tal punto el mero acto de citarlo desata en la izquierda reacciones casi "pavlovianas"; historiadores anglosajones tan diferentes como Eric Hobsbawm o Tony Judt me reprocharon incluso el solo hecho de citar su nombre, sin experimentar la necesidad de justificar tal excomunión. Es preciso romper el encantamiento de ese pensamiento mágico, y hoy menos que nunca lamento haberlo hecho. Ante todo por simple reflejo profesional, yo ya estaba tratando sobre cuestiones de las cuales usted había

* Véanse artículos de Renzo de Felice, Ian Kershaw, Richard Pipes, Giuliano Procacci, Eric Hobsbawm, Ernst Nolte y François Furet en *Le Débat*, nº 89, marzo-abril de 1996. Se han traducido al español sólo los textos de Hobsbawm, Nolte y Furet en "Debate sobre la idea comunista, la democracia y el fascismo", *Punto de Vista*, nº 55, Buenos Aires, agosto de 1996, pp. 13-26. (N. del E.)

escrito mucho y desde hacía mucho tiempo: su libro de 1963, *Le fascisme en son époque*, me había resultado muy interesante cuando apareció en francés, ¡hace ya treinta años! Incluso fuera de ese respeto por las reglas de nuestro oficio, sus libros suscitan demasiados problemas esenciales a la inteligencia del siglo XX para que su condena sumaria no encubra mucha ceguera.

La obsesión del nazismo

Sin duda, esta ceguera tiene sus raíces más evidentes en *la obsesión del nazismo* que dominó la tradición democrática desde hace medio siglo, como si la Segunda Guerra Mundial no acabara de ilustrar su significación histórica y moral. En efecto, esta obsesión, lejos de declinar a medida que nos alejábamos de los acontecimientos que constituyeron su fuente, creció, por el contrario, en los cincuenta años que nos separan de ellos, como el criterio esencial que permitía distinguir a los "buenos" ciudadanos de los "malos" (para tomar en préstamo por un momento mi vocabulario de la Revolución Francesa). Al punto que hasta hizo renacer fascismos imaginarios en la necesidad de volver a encontrar reencarnaciones posteriores a la derrota de Hitler y de Mussolini.

Los crímenes del nazismo fueron tan grandes y resultaron tan universalmente visibles al final de la guerra que el mantenimiento pedagógico de su re-

cuerdo representa un papel indiscutiblemente útil, e incluso necesario, mucho tiempo después de desaparecer las generaciones que los cometieron. Pues más o menos precisamente, la opinión tuvo conciencia de que tales crímenes tenían algo de específicamente moderno, que no carecían de relación con ciertos rasgos de nuestras sociedades y que era menester velar tanto más cuidadosamente por evitar su retorno. Ese sentimiento de espanto para con nosotros mismos formó el terreno propicio para la obsesión antifascista, al mismo tiempo que la mejor de sus justificaciones.

Pero, desde el origen, fue instrumentado por el movimiento comunista. Y tal instrumentación jamás fue tan visible y poderosa como luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Historia parece dar un certificado de democracia a Stalin por la derrota de Hitler; como si el antifascismo, definición puramente negativa, fuera suficiente para la libertad. Por ello, la obsesión antifascista añadió a su papel necesario un efecto nefasto: si no imposibilitó el análisis de los regímenes comunistas, al menos lo dificultó.

Usted cree que esa ceguera es particularmente total en la izquierda alemana, y hasta en Alemania en general por razones que, al menos algunas, son evidentes. El nazismo fue un apocalipsis alemán que arrancó al país de su tradición y lo expuso a una desgracia sin precedentes, reforzada por una condena general. Resulta fácil comprender cómo los sen-

timientos políticos colectivos fueron aquí movilizados casi exclusivamente por esa tragedia nacional. Y también ver por qué la argumentación anticomunista fue aquí objeto de una suerte de tabú, puesto que ella ya había servido a Hitler. *Mutatis mutandis*, la misma cosa se observa en Italia y por las mismas razones.

HASTA TAL PUNTO SON INTERDEPENDIENTES...

Sin embargo, no estoy seguro de que en su carta usted no lleve un poco demasiado lejos el análisis del excepcionalismo alemán al respecto. Después de todo, también en mi país y en general en la Europa democrática, el fascismo, *a fortiori* en su forma nazi, fue más o menos un tema tabú para el historiador. Quiero decir que la condena moral cuyo objeto eran los dos regímenes impedía no sólo estudiar sino hasta concebir la popularidad de la que habían gozado entre las dos guerras. Y el tabú que pesaba sobre toda suerte de análisis comparado, o incluso sobre toda idea de interdependencia entre comunismo y fascismo, no era menor, aunque no tuvieran las mismas razones históricas o culturales. También en Francia las ideas de este tipo fueron descalificadas como meros instrumentos de la Guerra Fría, cuando tan a menudo se las encuentra entre los autores de los años treinta. A mi juicio, desde ese punto de vista la diferencia entre su país y el mío es más de

grado que de naturaleza. En Francia, la existencia de una tradición democrática revolucionaria venerable alimentó más la ilusión comunista de lo que permitió penetrar sus secretos. Y la victoria de la coalición antifascista del "Frente Popular" en 1936 jugó en el mismo sentido. Por lo demás, la existencia de una tradición marxista "antifascista" no es ajena a la cultura alemana: fue esta tradición la que sirvió de legitimación intelectual a la ex RDA.*

Sea como fuere en relación con la situación respectiva de los historiadores franceses y alemanes frente a la comprensión del siglo XX, está claro que la obsesión del fascismo, y por lo tanto del antifascismo, fue instrumentada por el movimiento comunista como el medio para ocultar su realidad frente al juicio de la opinión. De lo cual surge que es preciso hacer la crítica de esta visión que adoptó la fuerza de una teología para entrar en la historia real del fascismo y del comunismo. En ese sentido, usted abrió el camino y con la perspectiva del tiempo, dentro de diez o de cincuenta años, eso será claro para todo el mundo.

Viniendo de otro lado, yo, al igual que usted, trato de comprender la extraña fascinación que en nuestro siglo poseyeron los dos grandes movimientos ideológicos y políticos que fueron el fascismo y el comunismo. Usted enfoca el proyector sobre el fascismo, mientras que yo traté de comprender la seducción de la idea comunista sobre los espíritus.

* República Democrática Alemana. (N. del E.)

Pero nadie puede entender uno de los dos campos sin considerar también el otro, hasta tal punto son interdependientes en las representaciones, las pasiones y la realidad histórica global.

El odio a la burguesía

Esta interdependencia puede ser estudiada de varias maneras, por ejemplo, desde la óptica de las ideas, de las pasiones, de los regímenes. El primer aspecto conduce a estudiar cómo la política democrática fue descuartizada entre la idea de lo universal y lo particular, o para hablar su lenguaje, entre la trascendencia y la inmanencia: antagonismo filosófico que nutre pasiones de hostilidad recíproca. El movimiento fascista se alimentó del anticomunismo, el comunista del antifascismo. Pero ambos comparten un odio al mundo burgués que también les permite unirse. Por último, la comparación entre ambos regímenes, bolchevique estalinista y hitleriano, alimentó desde los años treinta una vasta literatura, a la cual Hannah Arendt dio, tras la guerra, su argumentación más conocida (pero no la única).

En mi libro intenté hacer justicia a todos esos aspectos. Como bien lo comprendió usted, al respecto estoy más cerca de su interpretación que de la de Arendt. La idea de totalitarismo, si bien permite comparar lo que es comparable en los regímenes de Stalin y de Hitler, resulta impotente para explicar

sus orígenes tan diferentes. La que consiste en seguir el desarrollo "histórico-genético", para retomar sus términos, de los regímenes fascistas y comunistas me parece más convincente y de una fuerza de interpretación mayor. Sin embargo, me separo de usted en un punto importante. A mi juicio, usted insiste demasiado en el carácter *reactivo* del fascismo al comunismo, es decir, en el carácter posterior de su aparición en el orden cronológico, y en su determinación por el precedente de Octubre. Por lo que a mí respecta, yo veo en los dos movimientos dos figuras potenciales de la democracia moderna, que surgen de la misma historia.

Solamente una parte de verdad

Lenin toma el poder en 1917, Mussolini en 1922, Hitler fracasa en 1923 para tener éxito diez años más tarde: así, una década después, el fascismo mussoliniano puede ser concebido como una "reacción" a la amenaza de un bolchevismo a la italiana, también él surgido de la guerra, y constituido más o menos sobre el ejemplo ruso. Del mismo modo, puede convertirse al nazismo en una respuesta a la obsesión alemana de la *Komintern*, respuesta hecha bajo el modo revolucionario y dictatorial del comunismo. Este tipo de interpretación implica una parte de verdad, en la medida en que el miedo al comunismo nutrió los partidos fascistas, pero a mi juicio, es tan

sólo una parte: pues tiene el inconveniente de ocultar lo que cada uno de los regímenes fascistas tiene de endógeno y particular en beneficio de lo que combaten en común. Los elementos culturales con que se forjaron una "doctrina" preexisten a la guerra de 1914 y por lo tanto a la Revolución de Octubre. Mussolini no esperó a 1917 para inventar la alianza de la idea revolucionaria y la idea nacional. La extrema derecha alemana, y hasta la derecha en su totalidad, no necesita al comunismo para detestar la democracia. Los nacionalbolcheviques admiraron a Stalin. Estoy de acuerdo en que Hitler privilegia el odio al bolchevismo, pero en cuanto producto final del mundo burgués democrático. Por otra parte, algunos de sus más próximos confidentes, como Goebbels, no ocultan el hecho de detestar a París y a Londres más que a Moscú.

Por consiguiente, pienso que la tesis del fascismo como movimiento "reactivo" al comunismo sólo explica una parte del fenómeno. Fracasa en dar cuenta de la singularidad italiana o alemana. Sobre todo, no permite comprender lo que ambos fascismos pueden tener de orígenes y rasgos comunes con el régimen detestado. Me expliqué sobre esto bastante largamente en el capítulo VI de mi libro (en especial, pp. 197-198)* para ahorrarle lo que correría el riesgo de no ser más que una inútil repetición. Sin embargo, añado que al asignar una significa-

* En la edición en español, pp. 191-194. (N. del E.)

ción no sólo cronológica, sino también causal a la anterioridad del bolchevismo sobre el fascismo, se expone usted a la acusación de querer disculpar en cierto modo el nazismo. La afirmación de que "el Gulag precedió a Auschwitz" no es falsa ni tampoco insignificante. Pero no tiene el sentido de un lazo de causa y efecto.

La misma divergencia encuentro en el análisis que usted hace de las "motivaciones racionales" que habría tenido el antisemitismo hitleriano. No porque no sea un hecho consumado la existencia de una gran cantidad de judíos en los diferentes Estados mayores del comunismo mundial, con el Partido ruso a la cabeza. Pero Hitler y los nazis no tenían ninguna necesidad de ello para dar sustancia a su odio por los judíos, que era más viejo que la Revolución de Octubre. Por otra parte, Mussolini, a quien tan alto consideraban, había llevado a la victoria antes que ellos a un fascismo anticomunista que no era antisemita. Aquí encuentro el desacuerdo que me separa de usted acerca de los orígenes del nazismo, más antiguos y más específicamente alemanes que la hostilidad al bolchevismo. Antes de haber sido los chivos emisarios del bolchevismo, los judíos lo fueron de la democracia. Y si es cierto que dan lugar a esta maldición, por la relación privilegiada que mantienen con el universalismo moderno lo hacen en los dos papeles, como burgueses y como comunistas, siendo la primera imagen anterior a la segunda (por lo demás, usted mismo subraya que

si son cuantiosos en las filas comunistas, también se los encuentra en la primera fila del anticomunismo liberal en el siglo). También aquí vuelvo a tropezar con la violencia particular de la cultura alemana contra la democracia moderna como un elemento explicativo del nazismo anterior al bolchevismo. En mi opinión, lo que usted llama el "núcleo racional" del antisemitismo nazi más bien está hecho de la superposición imaginaria de dos encarnaciones sucesivas, pero no incompatibles, de la modernidad por parte de los judíos. Creo que la lectura de *Mein Kampf* confirma esta interpretación. Allí, el bolchevismo no es más que la última forma de la empresa del dominio mundial por los judíos.

Pero la cuestión es demasiado vasta y central para que no volvamos sobre ella en nuestras próximas cartas.

Atentamente suyo.

FRANÇOIS FURET

París, 3 de abril de 1996

IV

Del Gulag a Auschwitz

ERNST NOLTE

Querido colega,

Ante todo, permítame expresarle con total objetividad mi admiración por el coraje que ha puesto de manifiesto. Si hasta universitarios del mundo anglosajón tienen para con usted reacciones como las que evoca al comienzo de su carta, ¡cuánto mayores han de ser la indignación y la ira en Francia e Italia!

Además, nadie lo ha obligado a adoptar una posición favorable a mi obra en la larga nota de las páginas 195-196 de su libro. Si es cierto que de todos modos no hubiera dejado de desencadenar una fuerte oposición, sin duda, las reacciones emocionales más negativas no habrían podido encontrar de qué alimentarse si no hubiera mencionado al autor "diabolizado" por la gente de izquierda en Europa. Usted sólo ha podido obedecer a la honestidad científica que se niega a disimular aquello que, de una u otra manera, representó un papel importante en la elaboración de sus propias concepciones. El hecho de que un móvil de este tipo pueda manifestarse a pesar de todas las sospechas tiene algo de extraor-

dinariamente consolador, entre tantas motivaciones que nada tienen que ver con el trabajo científico.

De todos modos, en ocasiones me sorprendo de las manifestaciones de agresividad de la izquierda actual y ni siquiera puedo pensar en ello sin descubrirle un aspecto ridículo. ¿Tan difícil resulta comprobar que una necesidad interna nos lleva hacia la concepción "histórico-genética" de la teoría del totalitarismo si se está atado a lo esencial de la interpretación marxista del siglo XX, sin admitir su pretensión –y por lo tanto la del comunismo– de poseer la verdad absoluta? ¿Qué otra cosa entonces han subrayado más fuertemente todos los teóricos marxistas sino que los fascismos fueron reacciones de la burguesía, desesperadas y condenadas al fracaso frente al ascenso victorioso del movimiento socialista y proletario? Ahora bien, si esta concepción no está basada en el conocimiento de las leyes inexorables de la historia universal, si, por el contrario, no es más que un arma utilizada por un partido político en el curso de sus luchas, arma que no lo distingue fundamentalmente de los otros partidos –aunque, por cierto, sea necesario reconocerle un *status* particular–, si descansa en una comprensión insuficiente de la "sociedad burguesa", y si su fracaso final es nada menos que un azar, entonces la imagen de la época recubre contornos muy diferentes, aun cuando fueran conservadas ciertas líneas esenciales de la interpretación. La versión histórico-genética de la teoría del totalitarismo está mucho más próxima al

análisis marxista que la versión "clásica" o estructural, y es sin duda esta cercanía lo que suscita tanta agresividad.

Reacciones comprensibles

Por otro lado, no quiero negar que las reacciones hostiles no sean por su parte comprensibles. En efecto, estar cerca de la concepción marxista implica de entrada cierta proximidad con la interpretación fascista, la cual es, de manera muy evidente, profundamente dependiente del análisis marxista. Si se considera ilegítimo el movimiento comunista, si se llega hasta a ver en él una suerte de atentado contra la "civilización occidental", la balanza de la justicia histórica se inclinará sin equívocos en favor de los fascismos. En todo caso, no es eso lo que pienso, y cuando en su postura publicada en *Le Débat*[1] parece usted insinuar que yo le reprocharía su compromiso anterior en el PCF,* sólo puedo contradecirlo. Si no fuera por el movimiento obrero del siglo XX que se rebeló contra las formas precoces y terribles de la economía de mercado y de competencia, si la Primera Guerra Mundial no hubiera suscitado más que reflexiones de orden pragmático sin que se manifestara un pacifismo militante, habría que deses-

[1] François Furet, "Sur l'illusion communiste", *Le Débat*, nº 89, marzo-abril de 1996, pp. 170 y ss. Traducción al español: "Sobre la ilusión comunista", *Punto de Vista*, nº 55, Buenos Aires, agosto de 1996, pp. 22-26.

* Partido Comunista Francés. (N. del E.)

perar de la humanidad. Aunque sus ilusiones utópicas fueron desmentidas por la Historia, el movimiento marxista-comunista tenía grandeza, y más que los que se comprometieron deberían reprocharse aquellos que permanecieron totalmente ajenos a él. Así es como ya en *Der Faschismus in seiner Epoche* yo daba explícitamente razón al fascista Mussolini contra sus camaradas de una época en la medida en que él aún le predecía una gran longevidad al capitalismo; pero jamás experimenté la menor duda en cuanto a ver al marxismo como un movimiento más originario, el producto de raíces muy antiguas, y en los fascismos una reacción de orden secundario, en gran parte artificial, que descansaba sobre postulados. Por eso, se equivocan todos aquellos que me imputan el "anticomunismo" como primer móvil. A lo sumo, podría hablarse de un antiabsolutismo, es decir, un rechazo a toda pretensión a una verdad absoluta. Pero a mi juicio, la pretensión de una verdad absoluta tal y como lo afirmaba Hitler, es decir, la idea de que los judíos "tiraban de los hilos de la historia mundial", ni siquiera merece ser negada, muy simplemente debe ser rechazada.

Por supuesto, es más seguro abstenerse de toda forma de proximidad respecto del nacionalsocialismo y dotar de una inflexión negativa todo lo que el nacionalsocialismo había dotado de una inflexión positiva, y viceversa —como ocurre, por ejemplo, con la tesis predominante en mi país de una "excepcionalidad alemana", que habría alcanzado su pa-

roxismo en el nazismo—. Hace poco pude volver a comprobar, y precisamente en el contexto de nuestra discusión, hasta qué punto una imprecisión en apariencia desdeñable puede dar motivo con facilidad a reproches justificados.

En mi contribución a *Le Débat* puede leerse: "porque nos empecinamos en considerar a los judíos como las víctimas de una empresa infame, y no como los actores de una tragedia" (p. 146).* En esta forma, el enunciado es erróneo y hasta provoca indignación. Pero en alemán decía otra cosa: "porque no queremos considerar a los judíos como actores que participaron en una tragedia, sino únicamente [!] como las víctimas de una empresa perversa".[2] La idea de "participación" (*Mit* en *Mitwirkende*), así como el matiz restrictivo del adverbio "únicamente" (*nur*) daban a la frase un carácter mucho menos absoluto, y aquello que según todas las apariencias no había sido más que un simple descuido de traducción, acarreaba una grave modificación del sentido.

No necesito decirle que me tomo más en serio sus críticas que cualesquiera otras. Usted piensa que insisto en exceso en la índole reactiva de los fascismos, y que de este modo descuidaría sus mismas raíces: el antisemitismo de Hitler, por ejemplo, ha-

* "*parce qu'on s'obstine à considerér les Juifs comme les victimes d'une entreprise infâme, et non comme les acteurs d'une tragédie.*" (N. del T.)

[2] "*weil man die Juden nicht als Mitwirkende in einer Tragödie, sondern nur* [!] *als Opfer in einem Schurkenstreich sehen will.*"

bría sido virulento mucho antes de la Primera Guerra, y por lo tanto no podría ser también una reacción al bolchevismo.

UN *NEXUS* CAUSAL

Tiene toda la razón al pensar que, en efecto, el nacionalsocialismo en ningún caso puede ser deducido exclusivamente de una reacción frente al movimiento bolchevique; que por el contrario, incluso antes de la guerra, existía un nacionalismo alemán brutal, y que hasta en el programa de un partido se habían expresado intenciones explícitas de exterminio de los judíos. Una rápida ojeada al campo de su especialidad, la Revolución Francesa y su prehistoria, tal vez pueda contribuir a esclarecer la intención. Mucho antes de 1789, también existían en Alemania tendencias opuestas a la Ilustración que les hacían a sus partidarios reproches totalmente semejantes a los que más tarde se hicieron a los jacobinos. No obstante, tales tendencias tuvieron otro carácter cuando el rey fue condenado a muerte y luego ejecutado: entonces las cosas se pusieron "verdaderamente serias". A mi juicio, fue poco más o menos de la misma manera como las cosas se pusieron "verdaderamente serias" para Hitler cuando se vio enfrentado con la realidad de lo que él llamaba la "sangrienta dictadura rusa" y la "destrucción de la *intelligentsia* nacional". Creo que solamente así es posible establecer un "*nexus* causal" entre el Gulag

y Auschwitz. "*Nexus* causal", por supuesto, no significa algo así como una articulación coaccionante que obedece a las causalidades que pueden ser comprobadas por las ciencias de la naturaleza, y que se desarrollaría más allá de las concepciones y opiniones humanas. Si se descartan de la reflexión las opiniones de Hitler y sus muy cercanos confidentes, entonces no hay un "*nexus* causal" entre el Gulag y Auschwitz, y tanto como pueda juzgarse, no hubiera existido Auschwitz. No obstante, es lícito hablar de un *nexus* más sutil: si alguien, poco importa quién, se hubiera prometido oponer al bolchevismo un régimen "tan resuelto y consecuente", sería muy preciso que existiera también algo análogo a la tan considerable "abolición de las clases" tan claramente reclamada por la ideología, y cuyo objeto principal difícilmente podría ser otro grupo diferente del de los judíos.

La afirmación según la cual en la Historia los judíos habían estado desde siempre en el origen "de toda desigualdad y de toda injusticia social" era a todas luces irracional, hasta ridícula; nada más que una inclinación extraña de la tesis de los primeros socialistas y marxistas que fustigaban el carácter destructor de la propiedad privada. Pero el "núcleo racional" del antijudaísmo nazi consiste en la realidad fáctica del gran papel representado por cierta cantidad de personalidades de origen judío —y manifiestamente en virtud de las tradiciones universalistas y mesiánicas propias del judaísmo histórico— en el seno del movimiento comunista y socialista.

"Núcleo racional" no significa necesariamente "núcleo legítimo": "racional" significa algo que es posible aprehender de manera inteligible y que puede representarse de manera inmanente. En la Edad Media existió el "antisemitismo" de las fabulaciones acerca de la utilización de sangre cristiana o sobre los "asesinatos rituales", pero cabe considerar como núcleo racional de los pogroms el monopolio judío (obligado más que querido) del préstamo financiero. Es posible comprender racionalmente esos movimientos de insurrección contra el "usurero", pero sin duda eran injustificados pues amenazaban el desarrollo de la economía mercantil. A mi juicio, es en este sentido como el "antisemitismo" nazi también tenía un núcleo racional, pero éste tampoco era legítimo pues amenazaba un desarrollo posible y positivo: el pasaje del movimiento obrero a la socialdemocracia, en cuyo seno algunos judíos tales como Otto Bauer o Léon Blum también representaron un papel importante. Precisamente por esta razón me parece injustificada la idea de que sería hacer su apología considerar al nazismo, ante todo, como una reacción contra el bolchevismo. Por cierto, el nazismo no fue solamente una reacción contra el bolchevismo sino una reacción excesiva, y por regla general, el exceso en aquello que al comienzo es justificado conduce a lo injustificable. En cuanto nacionalismo alemán, el nazismo no era menos legítimo que el nacionalismo francés o el italiano, pero no bien adoptó la forma de una privación de los derechos, tal y co-

mo quedaba estipulado en el punto 4 del programa de su partido, se convirtió en un exceso ilegítimo.

Objeciones legítimas

Pero una vez más insisto en el hecho de que no rechazo desde el inicio ciertas objeciones, aunque no sean tan cuidadosamente justificadas como las suyas. En particular, no puedo impugnar su legitimidad en el hecho de preguntarse, tan poco tiempo después de Auschwitz, si no debería uno abstenerse de toda cuestión referente a una "participación" de los judíos, ya que ese tipo de interrogación no dejaría de reabrir las heridas y, llegado el caso, podría ser instrumentada por antisemitas actuales. Ésta podría ser la razón de que demasiado exclusivamente se haya puesto de manifiesto la índole de "víctima" de los judíos. De esta manera, ¿no nos hemos clausurado la perspectiva sobre lo que era verdaderamente importante? La grandeza histórica de los judíos —"pueblo de Dios" o "pueblo de la humanidad"— no autoriza a poner a los judíos en el mismo plano que los gitanos y los cíngaros, que, de hecho, no fueron más que víctimas. ¿Acaso todo cuanto posee cierta grandeza histórica no trae aparejada una conciencia de sí específica, como ocurre con la alabanza de sus amigos y la crítica de sus enemigos? ¿No somos tan injustos hacia los judíos como hacia los alemanes (*per impossibile*) cuando afirmamos

que todo antigermanismo y todo antijudaísmo, cuyos comienzos realmente aparecen desde la Antigüedad, descansarían sobre prejuicios sencillos? Interrogarse acerca del "núcleo racional" del antijudaísmo nazi, ¿no daría acceso a la comprensión adecuada de otras actitudes "anti" que pueden deplorarse desde un punto de vista moral, pero que no obstante constituyen una parte tan esencial de la historia universal?

No me sorprendería más de la cuenta si muchos críticos llegasen a afirmar que yo habría abogado aquí "por el antisemitismo". En verdad, sólo abogo por que se tomen en serio ciertas oposiciones, por ejemplo, la oposición entre universalismo y particularismo, oposición que, por supuesto, no era de naturaleza absoluta sino "dialéctica" y que –estoy convencido de ello– lo sigue siendo hoy. Si no me equivoco, usted mismo en su libro define justamente como una "ilusión" el hecho de que el universalismo pueda negar toda legitimidad al particularismo y, por ende, aniquilarlo. Lo que aún requiere largas reflexiones es qué amenazas implica para el mundo, y ante todo para la disciplina histórica, que la única exigencia absoluta que hoy es expresada sea la del igualitarismo universalista.

Espero su respuesta con placer, y le envío mis saludos más atentos. Su colega

ERNST NOLTE

Berlín, 9 de mayo de 1996

V

La relación dialéctica fascismo-comunismo

FRANÇOIS FURET

Querido colega,

A mi juicio, su segunda carta aclara y reduce, sin suprimirlo, el espacio de nuestro desacuerdo.

Permítame decirle ante todo, por lo que le concierne personalmente, cómo me vi llevado a escribir esa larga nota sobre usted. Cuando comencé a trabajar en *Le passé d'une illusion*, en 1989, había leído sus libros a medida que aparecían, debido al interés que, a mediados de los años sesenta, había tenido por los tres volúmenes de *Le fascisme en son époque*. No experimenté en seguida la necesidad de releerlos, ya que trabajaba sobre la idea comunista, y no sobre la idea o el movimiento fascista. Pero al cabo de uno o dos años, cuando mi trabajo avanzaba, constantemente tropecé con el problema de la relación dialéctica fascismo-comunismo: con el engendramiento y el refuerzo mutuos de las dos grandes ideologías de masa surgidas de la Primera Guerra. Esto es lo que me llevó a retomar sus trabajos, que habría podido citar simplemente como todos aquellos que figuran en las notas de mi libro. Pero su

obra posee la doble particularidad de haber tenido la ambición de presentar una interpretación general de la historia europea en el siglo XX, y haber sido no ignorada sino combatida mediante el silencio y la excomunión. Por ese doble concepto, merecía ser objeto de un comentario particular. En mi oficio de historiador, siempre me sentí cómodo al volver a atravesar la historiografía referente a la cuestión que deseaba tratar. En el estado actual de los trabajos disponibles sobre el período de las dos guerras mundiales en Europa, creo que su obra se halla en la primera fila de aquellas que deben ser discutidas por cualquiera que emprenda un trabajo sobre o alrededor de los problemas planteados por los acontecimientos de dicha época.

¿Por qué? Porque la única manera profunda de encarar el estudio de las dos ideologías y los dos movimientos políticos inéditos que aparecieron a comienzos de nuestro siglo, el comunismo marxista leninista y el fascismo, en su doble forma italiana y alemana, consiste en analizarlos *juntos*, como las dos caras de una crisis aguda de la democracia liberal acaecida con la guerra de 1914-1918. Es una vieja realidad de la cultura política europea esta crítica de la abstracción democrática moderna en nombre de la vieja sociedad "orgánica", a la derecha, y la "futura" sociedad socialista, a la izquierda. Lo novedoso con la Primera Guerra Mundial es la extrema radicalización de esta doble crítica, con el leninismo y con el fascismo. El leninismo extrae su

fuerza de encarnar mediante su victoria la vieja esperanza del movimiento obrero, incluso al precio de una formidable inverosimilitud; el fascismo, de recuperar en provecho de los adversarios de las ideas democráticas la fascinación de un *mañana*, es decir, de una sociedad futura y no ya pasada. Desde que apareció sobre el teatro europeo, el *homo democraticus* padece verse privado por la civilización liberal de una verdadera comunidad humana, cuyas dos representaciones más fuertes son la asociación universal de los productores y el cuerpo nacional de los ciudadanos. Las dos imágenes se ven encarnadas en la historia real luego de la guerra de 1914.

Creo que a grandes rasgos estamos de acuerdo hasta aquí, y como usted, coincido en que esta aproximación "genealógica" de la tragedia europea es más interesante que la comparación "estructural" de los totalitarismos hitleriano y estalinista. El punto que relaciona en profundidad comunismo y fascismo es el déficit político constitutivo de la democracia moderna. Los diferentes tipos de regímenes totalitarios que se establecieron en su nombre tienen como punto común la voluntad de poner fin a ese déficit, reasignando el primer papel a la decisión política e integrando a las masas en el partido único a través de la afirmación constante de su ortodoxia ideológica. El hecho de que las dos ideologías se proclamen en situación de conflicto radical entre ellas no les impide reforzarse una a la otra por esta misma hostilidad: el comunista nutre su fe del anti-

fascismo, y el fascista del anticomunismo. Y por otra parte, ambos combaten el mismo enemigo, la democracia burguesa. El comunista la ve como el terreno propicio para el fascismo, el fascista como la antesala del bolchevismo, pero tanto uno como otro luchan para destruirla.

En este punto del análisis, introduce usted una distinción de origen cronológico, pero a la que da una significación causal: es decir, que la revolución bolchevique es un poco anterior al fascismo, que se define esencialmente contra ella como una reacción antimarxista. Y tiene toda la razón de escribir en su carta que al hacerlo usted retoma, por lo menos parcialmente, la interpretación marxista del siglo XX: en efecto, ésta consideró a los movimientos fascistas como una respuesta de las democracias burguesas a la amenaza bolchevique en la época del imperialismo, es decir, de la etapa última de la producción mercantil. Si hacemos a un lado el diagnóstico del fin inminente del capitalismo, a todas luces erróneo, queda que la definición del fascismo como un movimiento reactivo a la revolución bolchevique es fundamental, tanto en el análisis marxista leninista como en el suyo propio: proximidad que tal vez explique una parte de las pasiones hostiles que suscitó su tesis en la izquierda europea.

Pero sí estoy muy de acuerdo en que bolchevismo y fascismo son interdependientes; no creo que pueda interpretárselos solamente a la luz de su aparición sucesiva en la Historia. Los comunistas lo han

hecho para recalcar el carácter único, radicalmente nuevo, de la Revolución de Octubre, por oposición al carácter derivado del fascismo, postrer avatar de la dominación capitalista, idéntico en el fondo a todos los regímenes producidos por esta dominación. Por el contrario, usted fue sospechado por sus adversarios de tratar de disculpar el fascismo, y particularmente el nazismo, deduciéndolo, en cierto modo, del miedo al bolchevismo. En su última carta rechazaba usted esta acusación, con dos argumentos que, si no me equivoco, no encontré en sus recientes escritos, pero que sin duda remiten a sus trabajos más antiguos sobre el marxismo. El primero radica en la afirmación de la "grandeza" de la ilusión marxista leninista, debido a su universalismo, grandeza que relega a segundo plano la idea fascista, "secundaria y en parte artificial". El otro argumento es que usted admite la existencia de raíces culturales del fascismo anteriores a la guerra e independientes del bolchevismo. Es cierto que usted atenúa su papel, comparándolas con las ideas contrarrevolucionarias en Francia en su período de incubación, antes de la ejecución de Luis XVI.

El papel de la guerra

No estoy seguro de que en la Revolución Francesa la muerte de Luis XVI sea esa línea divisoria de aguas que usted evoca; yo tendería a ver en el cisma religioso, a partir de 1791, un factor más importante.

Pero esta cuestión es secundaria para nuestra discusión. A mi juicio, lo esencial es que al admitir la existencia de un cuerpo de doctrina fascista o fascistizante ya más o menos constituido antes de 1914, usted debilita considerablemente la tesis de un fascismo meramente reactivo al bolchevismo. Si intenta salvar esta tesis por la distinción entre la potencia latente de una idea y la fuerza histórica en la que se convierte luego de un juego de circunstancias determinado –distinción indispensable para todo historiador–, entonces le diré que la guerra de 1914, por sí sola, representa un papel probablemente mayor en la "actualización" del fascismo que incluso la Revolución de Octubre. ¿Cómo explicar de otro modo lo que tuvo que ver con ella la derrota en Alemania o la humillación nacional en Italia? Esta idea de la autonomía política del fascismo respecto del bolchevismo, o si usted prefiere, su carácter endógeno en el interior de la cultura europea, me interesa mucho, pues a mi juicio, como lo explico en los capítulos I y VI de mi libro, el fascismo es la solución finalmente disponible a los atolladeros de la idea contrarrevolucionaria (pp. 208-211)* y permite recuperar el encanto de la revolución al servicio de una crítica radical de los principios de 1789.

A todas luces, lo que explica su efecto de arrastre sobre las masas es una absolutización de la idea nacional, así como, en sentido inverso, la mitología

* En la edición en español, pp. 202-206. (N. del E.)

de Octubre de 1917 se apoyó en una absolutización de la idea universalista. Incluso en la Alemania nazi, la pasión nacionalista fue lo que ligó más fuertemente, y hasta el final, al pueblo alemán con la aventura hitleriana. Sin embargo, en este caso, dicha pasión fue absolutizada por Hitler en la forma extrema de la elección biológico-histórica de una raza superior, llamada a dominar el mundo. Fue en nombre de esta "teoría", superpuesta a un nacionalismo exacerbado (que había sido suficiente para nutrir al fascismo italiano), que el ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial procedió a la matanza de los judíos europeos.

La matanza de los judíos europeos

A esta matanza, por parte de Hitler y los nazis, usted quiere dar lo que llama un "núcleo racional". Pero según los ejemplos que pone de manifiesto, no logro comprender lo que entiende usted por "racional". Si quiere decir con esto "inteligible para la razón", le haré notar que las creencias más locas lo son: y la imputación a los judíos de todas las injusticias sociales no es más "irracional" que la asimilación del bolchevismo a un complot de cuyos hilos ellos tirarían. En ambos casos se parte de un hecho cierto –la existencia de grandes capitalistas judíos, o la presencia de cierta cantidad de judíos en el primer Estado mayor bolchevique– para extraer consecuencias absurdas, que también pueden dar paso

a crímenes. Por otra parte, en lo que respecta a Hitler y sus confidentes, para ellos los judíos no encarnan solamente el bolchevismo, sino además el capitalismo apátrida. Les permiten reunir mágicamente en un mismo odio a un solo pueblo que supuestamente encarna dos ideas y dos regímenes sociales contradictorios. También aquí el historiador puede percibir dónde se engendra ese espejismo poderoso y perverso a la vez: por muchas razones –cuyo inventario ni siquiera somero tengo sitio para hacer aquí–, en el mundo moderno los judíos son el pueblo más inclinado al universalismo –por lo tanto, al liberalismo y al comunismo a la vez–, tras haber sido el pueblo más perseguido y aislado en guetos por la Europa cristiana y encerrado en la promesa de su elección divina, que le permitió sobrevivir. Pero este rasgo tan extraordinario presentado por el judaísmo europeo moderno (o "asimilado", según el término francés*) antes de la Segunda Guerra Mundial no permite dar ningún "núcleo racional" a la creencia de que eliminando a los judíos se librase del comunismo y del capitalismo a la vez. Esta creencia sigue siendo totalmente "irracional" (frente a su examen por la razón), incluso si el historiador puede encontrar sus fuentes en la experiencia del pasado, transfigurada por la pasión ideológica.

* *Assimilé*, en el original francés. (N. del T.)

La especificidad de las pasiones y los crímenes

Puesto que me escribe que es usted sensible a la emoción general que sigue rodeando en este fin de siglo a la matanza de los judíos por la Alemania nazi, permítame añadir que en este campo, más que en ningún otro, el vocabulario empleado debe evitar la ambigüedad. No sospecho que usted sea antisemita ni que quiera ocultar el crimen del genocidio judío, cosa que sus libros atestiguan claramente. Pero entonces, ¿por qué parece que buscara sus elementos de explicación en un precedente extraído de otro régimen, en otro país? Es una repetición de su tesis según la cual el fascismo por entero consiste en una respuesta al bolchevismo, pero desde esta óptica no es más convincente que en su aspecto general. El antisemitismo es una pasión ajena a la Revolución Rusa (aunque en una fase ulterior, bajo Stalin, pudo utilizarlo), y no creo que en las palabras de Hitler pueda encontrarse la aproximación entre el exterminio de los *kulaks* y el de los judíos que usted bosqueja. La historia paralela del bolchevismo y el fascismo –que al igual que usted creo necesaria para la inteligencia del siglo XX europeo– no debe oscurecer la especificidad de sus pasiones y de sus crímenes, que es inseparable de aquello que los hace ser a cada uno lo que son: de otro modo, ¿cómo podría dar cuenta uno de las intenciones de los actores? Hitler no tuvo necesidad del precedente soviético de

la liquidación de los *kulaks* para encarar, prever y recomendar la liquidación de los judíos. La guerra y la conquista suministraron la ocasión para el camino entre la intención confesada y el pasaje al acto, sin que sea menester recurrir a la hipótesis de una "imitación" del terror *antikulak* de comienzos de los años treinta.

El rasgo particular del nazismo, como idea y como régimen, es haber intentado transformar el odio a los judíos, pasión política extendida en toda la Europa de la época, en matanza general de los judíos, liquidación física de un pueblo considerado como no perteneciente al género humano. Esto no significa ni que la historia tan extraordinaria del judaísmo pueda ser reducida a la tragedia de un pueblo chivo emisario y víctima de la modernidad, ni que los sentimientos nacionales carezcan de honor, o que el papel de las naciones en el desarrollo de la cultura esté agotado: en eso estoy de acuerdo con usted. Pero esto obliga al historiador a mirar la "absolutización" de las emociones nacionales –para retomar su expresión– como una maldición específica de la historia alemana, que, a mi juicio, sigue siendo el fenómeno más enigmático del siglo XX.

Me siento feliz de que esta correspondencia me dé la ocasión de discutir con usted estas cuestiones difíciles, y le ruego que acepte mis más atentos saludos.

FRANÇOIS FURET

24 de junio de 1996

VI

Sobre el revisionismo

ERNST NOLTE

Querido colega,

En lo que respecta al "núcleo racional" del antisemitismo nazi, no creo que debamos satisfacernos con un "*agreement to disagree*", con un acuerdo sobre nuestro desacuerdo. Por ello, me gustaría explicar mi concepción con un ejemplo y al mismo tiempo mostrar que existen varias sendas que llevan de lo "racional" a lo "irracional".

El núcleo racional

El "núcleo racional" de que se trata puede ser expresado en una proposición sencilla que poco más o menos diría lo siguiente: fue en una proporción muy ampliamente superior a la media que hombres y mujeres de origen judío tomaron parte tanto en el desarrollo intelectual como en el de las organizaciones, la ideología y el movimiento socialistas en Europa, y luego también, en la conquista del poder y los primeros tiempos de la dominación del bolche-

vismo en Rusia. Esta proposición no se refiere a lo que no sería más que un método de conocimiento, sino a una realidad, y ésta no es discutible; no por cierto entre usted y yo, ya que en una u otra forma, se encuentra en cuantiosos trabajos de especialistas que, por regla general, también dan una explicación clara a este hecho.

Fundamentalmente, esta proposición hace juego con otra, igualmente poco discutible: entre los galardonados por el Premio Nobel, los sabios de origen judío están representados en una proporción muy superior a la media. Por lo general, y con razón, esta comprobación es entendida como un título de gloria. Pero no es totalmente inimaginable que esta alabanza pueda transformarse en un reproche, hasta en una acusación, en el caso de que la tendencia anticientífica –la cual representa en todas partes en el mundo occidental una corriente que existe en el seno de la "opinión pública"– ganara en fuerza y se radicalizara. Sin embargo, estaría más o menos excluida la posibilidad de que un fanático cualquiera llegue a la idea de afirmar que las ciencias de la naturaleza, hasta la ciencia en general, fueran un *producto* judío. En efecto, según nuestros criterios actuales sería muy simplemente absurdo, "irracional" con exactitud; aunque la comprobación de partida haya sido objetivamente justa y, por lo tanto, del todo racional. Además, al mismo tiempo, sería sobreestimar de manera totalmente increíble a un solo grupo de hombres, poco numerosos

por añadidura: un fenómeno mundial como la ciencia no puede ser imputado a la actividad de un solo pueblo como si fuese su "causa", por dotado que este pueblo fuere.

Este pasaje de lo racional a lo irracional, que referente a la ciencia hoy parece aún excluido, no obstante realmente ocurrió en los siglos XIX y XX cuando se trató del socialismo y luego del bolchevismo. Por supuesto, sólo se produjo entre los adversarios del socialismo, pero éstos representaban una considerable cantidad de hombres muy diversos. En principio, hoy sería igualmente posible evaluar positivamente la sobrerrepresentación de los judíos en la elaboración de un fenómeno cuyo alcance fue mundial, sin discusión. Por otra parte, es lo que se comenzó a hacer muy temprano, pero el socialismo establecido no aceptó esas tentativas, pues a lo sumo y con razón, no podía ver en esta colaboración más que una causa parcial de sus éxitos. Sin embargo, los adversarios convirtieron la evaluación tendencialmente positiva en su contrario, y desde fines del siglo XIX, quisieron ver en los "revolucionarios judíos", como Marx y Lassalle, los principales fundadores del socialismo. Pero sólo después de la conquista del poder por los bolcheviques pudo ponerse de manifiesto la idea de que los judíos eran responsables de esa funesta perturbación. Así, tan realmente, se produjo esa conversión de una interrogación racional en una afirmación irracional, mientras que en el caso de la ciencia sólo puede realizarse en el marco de una hipótesis reflexiva.

Pero aún era grande la distancia entre la interpretación irracional y el crimen totalmente irracional que, a través del exterminio precisamente de los más pobres y desprovistos entre el pueblo judío, no sólo debía zanjar la "cuestión judía", sino también barrer el socialismo —con más exactitud, el socialismo internacionalista, el socialismo marxista— y al fin y al cabo, la "modernidad". Existe una serie de pruebas de que antisemitas genuinos se sintieron indignados por el exterminio de los judíos en el Este e intentaron oponerse en la medida de sus posibilidades. Este crimen sólo pudo ser puesto en ejecución a partir del momento en que un antisemita fanático, por razones que poca relación tenían con el antisemitismo, se hizo dueño absoluto de un gran Estado, y por consiguiente, de un aparato poderoso y ramificado. Sin la intención de esta personalidad central que fue Hitler, no podría haber existido una "solución final", y por eso, aún hoy, me atengo al "intencionalismo", que no dista mucho de ser descalificado por nuestra disciplina. Pero, a mi juicio, el resultado espantoso e irracional partía de una verificación pertinente, y en lo que a ello respecta, el pasaje de lo racional a lo irracional puede ser reconstituido de manera racional.

No obstante, si lo comprendo bien, para usted la verdadera irracionalidad consiste en el hecho de que los judíos fueron responsabilizados simultáneamente de dos sistemas sociales que, en realidad, son diametralmente opuestos: la economía planificada

bolchevique y la economía de mercado capitalista. Sin embargo, ¿puedo recordarle que ya en el siglo XIX espíritus totalmente serios y razonables, aunque ciertamente fueran "conservadores", sostuvieron la idea de que socialismo y capitalismo no eran más que las dos caras de una misma moneda, ambas igualmente opuestas al Estado cristiano de la tradición europea? Y en nuestros días, los fundamentalistas islámicos y también los pioneros de una "senda asiática", ¿no expresan en el fondo el mismo argumento? Además, con un acento positivo esta vez, la distinción operada por una cantidad de intelectuales de izquierda, en Occidente, entre el bolchevismo, que a pesar de todo descansaría en un "ideal humanista", y el fascismo, que habría dado cuerpo a una ideología hostil a la humanidad, ¿no se basa en la misma concepción? También aquí, lo irracional no es la comprobación de partida, sino tan sólo la consecuencia ilegítima que se extrae y que únicamente extrajeron de esa forma los nazis, es decir, que debía haber responsables identificables, étnicamente definidos, de tal estado de cosas.

A mi juicio, la interpretación irracional no es de origen "alemán". Tampoco vio la luz del día sólo a partir de 1917. En modo alguno comparto la opinión según la cual el fascismo habría sido "exclusivamente una reacción al bolchevismo". Cerca de la mitad de mi libro, *Le fascisme en son époque*, está consagrada a la prehistoria del fascismo y el nazismo, y por lo tanto se ocupa del período anterior a

1914. Sin embargo, su objeto no es la tradición "alemana" sino la tradición "contrarrevolucionaria" que es común a toda Europa. Por eso, me parece que Gobineau es más importante que Theodor Fritsch –inclusive hasta que Heinrich von Treitschke–, y de la dedicatoria de su obra al rey de Hanovre surge muy claramente que los "movimientos subversivos" de los que habla habrían sido considerados por aquel último como prefiguraciones del bolchevismo si hubiese estado vivo en 1917.

No ignoro que desde hace mucho tiempo ese reproche está en el aire: hacer del fascismo "*en su época*" un tema de investigación y considerarlo como un fenómeno europeo sería objetivamente "excusar a Alemania". Pero he pensado, y sigo pensando con la misma resolución, que uno se extravía cuando quiere encerrar en los límites de un único Estado y una única tradición nacional a una corriente esencial de la época, época que, según la opinión de todo el mundo, no se caracteriza por una "globalización" sólo a partir de 1945. Tomar esta senda no sería demasiado distinto de aquella interpretación que quiere transformar al "pueblo judío" en el fundador del socialismo y el bolchevismo. Pero no borro las diferencias que con seguridad existen entre las naciones, así como tampoco identifico el "fascismo radical" que sólo tomó el poder en Alemania y el "fascismo normal" de Italia. De igual modo, no debe disolverse la articulación entre el crimen irracional y la comprobación racional que le sirvió de base para

hacer de ese crimen el resultado totalmente incomprensible de un "mal absoluto".

Dos observaciones críticas

Permítame dos observaciones críticas acerca de algunas de las frases de su carta.

Usted dice que no sospecha que yo sea antisemita ni que quiera "excusar el crimen del genocidio de los judíos", pero aparentemente no le parece del todo absurda esa sospecha, ya que fui a buscar la causa del genocidio en otro país y no en la patria de los criminales, es decir, en Alemania. Ahora bien, ¿no se cae de maduro que un historiador cuya investigación tiene por objeto el antisemitismo no debe ser antisemita, del mismo modo que no debe ser revolucionario el que se ocupa de las revoluciones americana, inglesa o francesa? Tanto uno como el otro suscriben la misma obligación: encarar su objeto con distancia, animados de una voluntad de objetividad, y no contentarse en ningún caso con articular imprecaciones, por clara que pueda ser su propia conclusión. Por desdicha, en nuestros días la noción de "antisemitismo" es uno de los términos más descarriados e instrumentados. Es algo muy diferente lanzar acusaciones contra "los judíos" y criticar a tal o cual protagonista, la mayoría de las veces autoproclamado, como Elie Wiesel. Si ambas actitudes tienen que ver con el antisemitismo, muy pron-

to ya no se podrá hablar de "libertad de espíritu". En 1981, cuando fui invitado por la Universidad Hebrea de Jerusalén, para mi gran sorpresa pude leer en el *Jerusalem Post* una carta de una lectora judía que se quejaba del "antisemitismo" de sus vecinos, que contrariamente a ella, al parecer eran judíos ortodoxos.

Yo soy partidario de operar distinciones en el seno del antisemitismo y de tomar en serio cada uno de los fenómenos así distinguidos, es decir, no reemplazar cualquier tentativa de comprensión por insultos. No todo el mundo aprobará tal postulado, pero no veo cómo un historiador podría contradecirlo.

Más adelante, usted escribe que, en nombre de una absolutización del ideal nacional, "el ejército alemán procedió a la matanza de los judíos europeos". Estoy persuadido de que usted elevaría una objeción si una revista de la izquierda radical escribiera que "la policía francesa" había participado con premura en la deportación de los judíos franceses. Si "el ejército alemán" hubiera estado animado de un deseo homicida para con los judíos, no habría sido necesario crear los *Einsatzgruppen* de las SS y de la policía, y el comandante de Auschwitz no habría sido un alto oficial de las SS. No lo hago como alemán, sino como historiador y como hombre que, cuando en Alemania se organiza una exposición sobre los "crímenes de la *Wehrmacht*" y cuando se deploran sin descanso las supuestas treinta mil condenas a muerte pronunciadas por la justicia

militar, no puede deshacerse de un sentimiento de amargura —no porque quisiese silenciar la realidad de crímenes espantosos perpetrados también en el seno de la *Wehrmacht*, o bien porque encontrara efectivamente justa una condena a muerte pronunciada para castigar un juicio depreciatorio con respecto al "Führer"—, sino porque la contrapartida —es decir, por el lado soviético, los crímenes del GPU, las decenas de miles de ejecuciones y condenas por "cobardía", hasta por "simpatía con el enemigo"— es totalmente puesta entre paréntesis y presentada muy sencillamente como inexistente.

De hecho, en ocasiones me pregunto por qué se me reprocha lo que, a mi manera de ver, está muy cerca de ser una banalidad. Hace poco, hojeando una serie de citas provenientes de mis viejas lecturas, me encontré con una frase de Maurice Merleau-Ponty extraída de un texto publicado en 1947. Respecto del fascismo, dice que es una "mímica del bolchevismo", exceptuando lo que es verdaderamente esencial, la teoría del proletariado. Ahora bien, esta "teoría del proletariado", a todas luces, es muy exactamente aquello que hoy, casi en todas partes, es llamado la parte "utópica" del bolchevismo. Así pues, en nuestros días, Merleau-Ponty debería escribir que el fascismo es una imitación del bolchevismo, imitación desprovista de esa parte utópica; y ciertamente podría añadir que ese elemento utópico, sin embargo, podría ser calificado de "humanista", a diferencia de los móviles antihumanistas del

fascismo, y sobre todo del nazismo. En este punto me siento de acuerdo con Merleau-Ponty y estoy persuadido de que usted también lo estaría; motivo por el cual creo que lo que caracteriza a la situación actual es que lo que se critica tan violentamente no tiene, de hecho, "nada muy particular".

La cuestión del revisionismo

En realidad, existen naturalmente profundas razones que hacen que, en el caso que nos ocupa, lo que desde cierto punto de vista resulta banal tropiece con tantas resistencias. En primer lugar, debe mencionarse la convicción desde hace mucho tiempo arraigada de que el socialismo marxista y hasta el bolchevismo leninista habrían sido absolutamente diferentes del fascismo y totalmente opuestos a él. Hoy, por cierto, el "estalinismo" ha sido abandonado en todas partes; pero con diferentes versiones, con diversas formas edulcoradas, se mantiene la vieja convicción de los comunistas reformados hasta muy adentro del campo liberal. Debe admitirse que hay un "núcleo racional" también en el caso de esta convicción, y al igual que yo, usted no procedió por "identificación". Pero el diferendo alcanza su límite emocional cuando la cuestión se refiere a la efectiva amplitud del "Holocausto", hasta su existencia o su no existencia. En ninguna parte la ira y la indignación son más comprensibles, ya que, en lo que se llama el revisionismo, sólo parece tratarse de

la negación impúdica de hechos tangibles, atestiguados precisamente de manera sobreabundante. Esta indignación puede extenderse a la posición que bosquejé en mi obra *Streitpunkte*, y que se reduce a la simple tesis según la cual debe responderse a los argumentos revisionistas con otros argumentos, y no iniciando procesos. Para mí es del mayor interés conocer su postura sobre esta cuestión.

Pero ante todo permítame explicar por qué razón, desde hace algunos años, la cuestión del revisionismo se ha vuelto tan importante para mí. Yo veo que éste desafía el primero y más poderoso de mis prejuicios, es decir, mi hipótesis de base. A comienzos de los años sesenta, mientras preparaba mi libro *Le fascisme en son époque*, no fui a los archivos del museo del Estado de Auschwitz para estudiar ahí los documentos referentes a la construcción del campo, ni interrogué a ningún testigo. Sólo conocía las fuentes escritas más importantes, como las declaraciones de Kurt Gerstein y de Rudolf Höss, el libro de Eugène Kogon, así como las actas publicadas del proceso de Nuremberg. A mi juicio, esto bastaba, ya que en esa época nadie ponía en duda la realidad del exterminio de millones de personas ni la utilización de los gases, ni siquiera los abogados de los acusados en el curso del gran proceso de Auschwitz que entonces se iniciaba. Aún no conocía el nombre de Rassinier. Pero hice algo que en ese momento no era tan obvio: estudié las primeras fuentes de la "concepción del mundo" de Hitler, sus

primeras cartas, sus primeros discursos; los escritos de Dietrich Eckart –ese poeta olvidado desde hace mucho tiempo en quien Hitler veía a su mentor–; los artículos de Alfred Rosenberg publicados en la pequeña revista *Auf gut deutsch*; los ensayos de Erwin von Scheubner-Richter, ese viejo diplomático que Hitler había considerado "irreemplazable" luego de su muerte durante el golpe de 1923.

Fue entonces cuando hice un descubrimiento que puedo cargar en mi haber: un folleto titulado *Le bolchevisme de Moïse à Lénine. Dialogue entre Adolf Hitler et moi-même*,* que no lleva ningún nombre de autor, pero que sin duda alguna fue escrito por Dietrich Eckart. Aún hoy, considero que ese texto es de lejos la más importante e instructiva de las "conversaciones con Hitler", pues todos los compañeros posteriores, como Otto Strasser y Hermann Rauschning, eran colaboradores secundarios, mientras que, según sus propias afirmaciones, Hitler veía en Dietrich Eckart su "estrella polar". Esta lectura vino a fortalecer mi convicción anterior, extraída de la lectura de *Mein Kampf*, de que Hitler era verdaderamente un ideólogo fanático para quien anticomunismo y antisemitismo formaban una unidad, en un grado hasta entonces sin precedentes, cosa que el título del folleto ya permite entender. En la medida en que Hitler era un sociobiologista para quien los pueblos y las razas eran la realidad fundadora últi-

* "El bolchevismo de Moisés a Lenin. Diálogo entre Adolf Hitler y yo mismo", en francés en el original. (N. del E.)

ma, es decir, "sustancias vivas, de carne y hueso", el resultado de esa contraideología, como postulado supremo, solamente podía ser "Auschwitz", y que yo sepa, fui el primero que creyó poder establecer que ciertas declaraciones hechas precozmente por Hitler –sobre todo una frase de esa "conversación" con Eckart– contenían una clara anticipación del exterminio de los judíos.

Éste es el punto central a cuyo alrededor gravita toda mi interpretación de la época. Si el revisionismo radical tenía razón al afirmar que no había existido un "holocausto" en el sentido de medidas de exterminio generales y sistemáticas, decididas desde la cabeza del Estado, fuera de la guerra de guerrillas llevada a cabo por ambas partes con una gran dureza en la Unión Soviética, y al afirmar que sólo habían existido vastas deportaciones comparables a la internación de los alemanes en Inglaterra y de los ciudadanos de origen japonés en los Estados Unidos, en cuyo transcurso debía contabilizarse un gran número de víctimas provocado por las condiciones extremas, entonces, en ese caso, yo debería hacer la siguiente confesión: consideré a un hombre político como un ideólogo animado por una furia de exterminio, que llegado el caso, con fines psicológicos –y como otros políticos– lanzaba graves amenazas contra sus enemigos, pero que con respecto a la "cuestión judía" no quería nada más que lo que deseaban los sionistas, es decir, el divorcio de dos pueblos tras el fracaso de su intento de vida en

común. A través de tal interpretación, la mía propia sería invalidada: durante la última guerra, no eran dos Estados movidos por una ideología los que se oponían, cada uno de ellos decidido al exterminio del otro, sino que se trataba de una simple prolongación de las luchas entre las grandes potencias de la Primera Guerra; el nazismo no era una "copia deformada del bolchevismo", sino que sólo llevaba a cabo un combate por la supervivencia de una Alemania acorralada a la defensiva por la política mundial. Ningún autor acepta de buena gana que su obra sea destruida, y por lo tanto tengo un interés vital en que el revisionismo –cuando menos en su versión radical– *no tenga razón*. Pero éste es precisamente el motivo por el cual siento que me provoca, aunque sin embargo no me veo asociado a quienes quieren movilizar a los fiscales y a la policía en su contra. Ésta es justamente la razón por la que me siento obligado a plantear la cuestión de saber si el revisionismo dispone de argumentos o si, de hecho, no es más que una agitación repleta de mentiras.

Lo que está entonces en juego aquí no es ni más ni menos que la cualidad fundamental del historiador. Él sabe que las "revisiones" son el pan cotidiano del trabajo científico, y que en la historia de los siglos XIX y XX, no han dejado de surgir "revisionismos" hasta en el campo de los vencedores, cuando luego de grandes acontecimientos o durante su desarrollo, sus concepciones gozaban de un privilegio aparentemente inatacable. Esto es lo que ocu-

rrió luego de la Guerra de Secesión, tras la Primera Guerra Mundial y a comienzos de la Guerra Fría, cuando, en el Oeste, apareció un revisionismo que combatía la tesis central del "Occidente", es decir, la tesis que afirmaba la responsabilidad de la Unión Soviética en el desencadenamiento del conflicto "Este-Oeste". El historiador también sabe que por regla general algunas de las tesis revisionistas, para terminar, son admitidas por el *establishment*, o por lo menos, introducidas en el análisis. Así, que yo sepa, la afirmación de Gar Alperovitz –antes tan desacreditada– actualmente goza de un gran reconocimiento: las primeras bombas atómicas no apuntaban tanto al Japón como a la Unión Soviética. Uno no puede dejar de preguntarse si esta analogía no valdría también para el "revisionismo con respecto al Holocausto" de Rassinier, Faurisson, Mattogno y de la revista *Journal of Historical Review*.

A esto sólo podría responderse por la negativa a condición de que, hasta entonces, en el campo de la "solución final", no haya existido ninguna "necesidad de investigación" ni afirmación criticable alguna. Pero éste no es el caso.

En 1984, en Stuttgart, se realizó un congreso en el que tomaron parte los más importantes especialistas del Holocausto, pertenecientes todos a la "escuela establecida", entre los cuales estaban Raul Hilberg y Yehuda Bauer. En esta ocasión, Bauer criticó la tesis aún en vigor en Alemania –donde es considerada inatacable–, según la cual el extermi-

nio de los judíos había sido "decidido" durante la "Conferencia de Wannsee". Hilberg insistió mucho en el hecho de que la cifra expresada con frecuencia de dos millones y medio de víctimas judías en Auschwitz era una imposibilidad: esa cifra no podía superar el millón. (Algunos años más tarde, esta revisión se convirtió en la versión oficial: en las placas conmemorativas de Auschwitz, los "cuatro millones" fueron reemplazados por "de uno a un millón y medio".) Un miembro del Instituto Berlinés de Investigación sobre el Antisemitismo indicó que el zyklon B, "cosa que a menudo fue desdeñada", con frecuencia había sido empleado para combatir los parásitos y que había sido de uso indispensable en los campos donde reinaba el tifus; ponía en guardia contra la "sobreestimación de la cantidad de quienes habían sido muertos en Auschwitz-Birkenau". Eberhard Jäckel se refirió a ciertas indicaciones según las cuales Göring y Goebbels, y hasta Himmler, habían expresado reservas ante las primeras ejecuciones en masa. Hilberg subrayó la gran importancia del "rumor" que habría representado un gran papel, incluso a la cabeza del aparato del partido nazi, es decir, de las declaraciones que no se apoyaban en la experiencia personal sino en lo que referían otras personas. No se mencionó que durante la guerra y la inmediata posguerra se había pretendido que para las ejecuciones en masa se procedía a inyectar vapor ardiente en habitaciones cerradas, haciendo pasar una corriente eléctrica sobre inmen-

sas placas o utilizando cal viva. Este silencio sobre afirmaciones de ese orden equivalía a declararlas tan manifiestamente erróneas como el rumor según el cual se había producido jabón a partir de los cadáveres de los judíos, y que no obstante, incluso recientemente en Alemania, fue retomado en los anuncios de prensa de un director conocido. Inclusive hasta los testimonios *de visu*, muy extendidos en los años cincuenta, del alto responsable de las SS y miembro de la Iglesia confesional, Kurt Gerstein, ya no son retomados en la bibliografía de investigadores totalmente ortodoxos. Y es sabido que Jean-Claude Pressac —quien, a pesar de los precedentes singulares, es reconocido como un investigador serio— recientemente redujo la cantidad de las víctimas de las cámaras de gas de Auschwitz hasta alrededor de medio millón.

Semejantes correcciones de detalle no se distinguen esencialmente de ciertas afirmaciones que —que yo sepa— no sólo fueron hechas por "revisionistas": por ejemplo, que las primeras confesiones del comandante de Auschwitz, Höss, habían sido arrancadas bajo tortura; que las altas llamas que salían de las chimeneas de los crematorios observadas por cantidad de testigos visuales no eran más que ilusiones ópticas; que no estaban reunidas las condiciones técnicas para proceder a la cremación cotidiana de veinticuatro mil cadáveres; que las morgues en los crematorios de los campos, que durante las epidemias de tifus debían contabilizar todos los días alre-

dedor de trescientas muertes "naturales", eran lisa y llanamente indispensables, y que por lo menos en el transcurso de tales períodos, no podían ser utilizadas para las ejecuciones en masa.

Inclusive, semejantes tesis difícilmente sorprendan al historiador enterado por su trabajo cotidiano —y desde la época de Herodoto— de que los grandes números, en la medida en que no provengan de especialistas de la estadística, sólo pueden ser discutibles. Del mismo modo sabe que las grandes muchedumbres, en situaciones extremas y enfrentadas a acontecimientos cuya explicación es compleja, fueron, y siguen siendo, verdaderos centros de rumores. No obstante, todas estas correcciones y restricciones no cuestionan el núcleo del asunto, y el postulado que quiere que no se sustraigan al libre examen científico es justamente coercitivo. Tal vez conozca usted la bibliografía mejor que yo, y pueda indicarme los pasajes donde estos problemas y dudas fueron explicados. Si no me equivoco, no es lo que ocurrió en Alemania.

Lo esencial es indiscutible

Otras dos afirmaciones son de distinto orden: ellas ponen global y fundamentalmente en duda la existencia del exterminio a través de las cámaras de gas; la primera podría conducir a una derrota espectacular de los revisionistas si no estuviera sustraída al

público. Se trata de la afirmación según la cual las morgues de los crematorios no podían haber sido empleadas como cámaras de gas, pues a diferencia de las habitaciones que servían para la destrucción de los parásitos, no pudo encontrarse en ellas ninguna huella significativa de ácido cianhídrico; la otra afirmación expresada desde hace algún tiempo pretende que los orificios en los techos de los crematorios, que habrían servido para verter el veneno, sólo habían sido practicados con posterioridad, y que incluso hoy, no estaban adaptados para que por ellos se hicieran pasar canalizaciones.

Sin embargo, aun si estas dos afirmaciones fueran definitivamente refutadas, no bastaría esto para evacuar la cuestión de saber si un revisionismo que tomase distancia de la agitación provocadora y que procediese por argumentación no sería la forma extrema de revisiones en principio legítimas, y no debería ser aceptado como un fenómeno interno al desarrollo científico; es evidente que de este modo no se excluiría la crítica decidida sino que se la proseguiría. Me siento inclinado a responder a esta cuestión afirmativamente, pues, ¡qué sería la ciencia si no estuviera obligada sin cesar a volver a ejercer su crítica, sobre la base de un trabajo profundo, precisamente contra graves errores científicos, y a descubrir en los mismos errores otros núcleos de verdad!

A mi juicio, sin embargo, incomparablemente más persuasiva que todos los argumentos del revisionismo queda esta frase del testamento político de

Hitler: mientras tanto, el culpable, es decir, el judaísmo, padeció su pena, "aunque infligida según métodos más humanos". Y yo sugeriría que se enviara a todos los revisionistas un ejemplar del libro conmemorativo publicado por los archivos de la República Federal sobre "las víctimas de la persecución de los judíos bajo la dictadura nacionalsocialista en Alemania, de 1933 a 1945", obra donde en dos volúmenes se contabilizan mucho más de cien mil nombres de hombres, mujeres y niños, con el dato del lugar del que provino la última información sobre ellos. En una de las columnas se encuentran indicaciones sobre el destino de cada uno; éstas no aclaran si uno fue "gaseado" o si el otro "murió de tifus", pues en cada caso resulta imposible establecer precisamente lo que ocurrió, sino que sólo dicen "desaparecido" o "fallecido". E incesantemente, aunque no siempre, el último sitio indicado es "Auschwitz". En su conjunto, esta publicación de gran formato y de mil setecientas páginas es, en cuanto a "lo esencial" y a lo que es muy simplemente indiscutible, más importante y conmovedora de lo que pueden ser las representaciones de ciertos destinos personales, por más sensibles que sean, y las obras de los historiadores, por más vastas que sean.

Si pudiera formular un deseo, sería que uno de los expertos y analistas de archivos conocidos de la "escuela establecida" escriba un libro donde registre, sin ira ni indignación manifiestas, los argumentos de los revisionistas y los analice en detalle, de manera

que finalmente se llegara a un resultado comparable al de los exámenes anteriores de argumentos revisionistas, con esta forma: "Por cierto, debe admitirse que..., pero así la médula del asunto en modo alguno es cuestionada".

Sin embargo, yo considero como fundamentalmente falsa la afirmación según la cual, si lo esencial es indiscutible, ninguna afirmación particular requeriría ya un examen, y todas las dudas sólo podrían provenir de intenciones malignas. Por el contrario, creo que se amenaza el núcleo de la cuestión cuando se le quiere sustraer la corteza a la discusión, no por cierto el carácter fáctico de ese núcleo sino el rango y la importancia que se le conceden.

Si la cosa debiera seguir otro curso, si se obstinara uno en la convicción de que el más pequeño fragmento arrancado al edificio torna inevitable el derrumbe del conjunto, y que por lo tanto debiera prohibirse todo testimonio por discutible que sea, toda indicación numérica por débilmente justificada que esté, convocando a la justicia y a la policía, entonces estoy convencido de que seguiríamos un camino fatal. Ya se ha reclamado públicamente en Alemania la aplicación de los artículos del código penal referentes a la incitación nacionalista a los investigadores que atribuyen a Stalin una parte significativa de la responsabilidad de la guerra y que, en lugar de la "agresión alemana contra la Unión Soviética", hablan de una "guerra preventiva". No debería pasar mucho tiempo para que los historia-

dores que imputan al comunismo una parte esencial en la aparición del fascismo deban defenderse ante un tribunal, cosa que incluso podría involucrar a los historiadores que, estableciendo un paralelo entre el comunismo y el nazismo, "banalizaran" al segundo.

En la Alemania reunificada existen corrientes influyentes que no sólo querrían aceptar con ciertas modificaciones partes esenciales de la representación de la historia de la RDA desaparecida, sino también empezar a aplicar los métodos que fueron utilizados cuando se la instituyó.

Todo eso está en condiciones de suscitar graves preocupaciones, y le propongo que al término de esta correspondencia hablemos de la situación intelectual contemporánea, un presente que parece constituido por la "victoria de Occidente" y que, no obstante, engendró tantas decepciones. Pero ante todo me gustaría mucho saber cómo considera usted esta cuestión altamente delicada de la actitud que debe adoptarse para con el revisionismo, y si podría estar de acuerdo, incluso parcialmente, con las concepciones que expuse en esta carta de manera muy concisa y por cierto demasiado resumida.

Lo saluda atentamente.

ERNST NOLTE

Berlín, 5 de septiembre de 1996

VII

El antisemitismo moderno

FRANÇOIS FURET

Querido colega,

Le agradezco su tercera carta, que ofrece nuevos elementos para nuestra discusión. Comenzaré mi respuesta con su primer punto: lo que usted llama "el núcleo racional" de la pasión antisemita.

En los dos ejemplos de los que usted habla, el elemento "racional" radica en que los judíos, en el mundo moderno, constituyen un grupo de gente —¿debería decir un pueblo?— particularmente atraído hacia el universalismo democrático, en su forma política y filosófica. Sus razones son múltiples, algunas relativamente claras, otras más misteriosas; resulta más fácil comprender por qué los judíos celebraron con entusiasmo la emancipación igualitaria de los individuos que explicar su excepcional contribución a la ciencia o a la literatura de Europa en los dos últimos siglos. Pero el hecho en sí mismo no es discutible y, como tal, en sus diferentes aspectos, puede ser objeto de un examen racional, aunque los trabajos históricos consagrados a tal tema aún sean relativamente escasos.

Una relación privilegiada

Esta comprobación de una relación privilegiada de los judíos con el universalismo democrático es lo que permite comprender la índole particular del antisemitismo moderno respecto del antisemitismo medieval. Estas dos formas del odio a los judíos no son incompatibles, y pueden acumular sus efectos. Pero la más antigua está arraigada en el cristianismo —en el rechazo judío a reconocer la divinidad de Cristo—, mientras que la más reciente carece del mismo contenido que la incriminación cristiana, ya que acusa al judío de ocultar, bajo la universalidad abstracta del mundo del dinero y de los Derechos del Hombre, una voluntad de dominación del mundo, que comienza por un complot contra cada nación en particular. En ambos casos, la idea judía de la elección divina se vuelve contra los judíos como una maldición, y la historia contemporánea de Europa mostró que el antisemitismo moderno tuvo efectos mucho más radicalmente desastrosos que el antisemitismo cristiano.

Hasta aquí, me parece que no hay desacuerdo entre nosotros. De muy buena gana reconozco que la representación imaginaria que el antisemita tiene del judío deriva no sólo de una herencia histórica, sino de un conjunto de observaciones sobre la parte que los judíos tomaron en la economía capitalista, en los movimientos de izquierda o en las cuestiones

del espíritu en las naciones de la Europa democrática. Pero es la transformación de este juicio –que puede llamarse "racional", incluso en el caso de que sea pronunciado para deplorar tal estado de cosas– en ideología de exclusión o de exterminio lo que, a mi criterio, caracteriza el pasaje de lo racional a lo irracional. La deriva no viene de que se pase de lo laudatorio, o de lo neutro, a lo peyorativo. Se opera por el deslizamiento de esa idea, que subraya el papel desempeñado por los judíos en la modernidad, a un medio de movilización de masas y a imperativos de la acción política. Entonces los judíos dejan de ser pintados o analizados por lo que son. Se convierten en los agentes constantes y activos de un complot contra la nación. Se ofrecen como chivo emisario a los enemigos de la democracia liberal.

La idea del complot

La idea de la Revolución de Octubre como producto de un complot del judaísmo internacional forma parte de este tipo de representaciones. Ni por un solo instante niego que hayan existido cuantiosos militantes judíos en el primer Estado mayor bolchevique, así como por otro lado en el movimiento socialista, sobre todo en los países de Europa oriental; pero se trata de una observación de la que no cabe deducir, por propia definición, la existencia de un complot

judío particular. La acusación pertenece a un registro diferente que el del pensamiento racional o el análisis histórico.

Usted me escribe que, en nuestro siglo, buenos espíritus —sin llegar a la idea del complot judío, que otorga demasiado a la voluntad para poder abstenerse de pruebas— han analizado, sin embargo, capitalismo y bolchevismo como dos caras de una misma moneda, la de una modernidad obsesionada por el individualismo productivista, por oposición a la comunidad cristiana o *völkisch*. Por supuesto que lo sé, y hasta pienso que se trata de una de las construcciones eruditas de la filosofía por donde uno puede verse llevado a la ideología antisemita, constituyendo el judío la figura sintética del capitalismo y el bolchevismo. En su país, Carl Schmitt me proporcionaría una buena ilustración al respecto. ¡Pero no por esto infiero que su obra se reduce a eso! En la medida de lo posible, debe conservarse la distancia entre el pensamiento erudito y la ideología. En el ejemplo que analizo, resulta muy cierto que, desde el punto de vista filosófico, es posible ver como surgidas de una misma historia, provenientes de una misma cepa, la democracia capitalista y la crítica socialista de la democracia capitalista. Pero no por ello pueden deducirse de eso, salvo que salgamos de los límites del pensamiento racional, ni el antisemitismo nazi ni la extravagante tragedia europea del siglo XX, donde en los hechos, Hitler fue el cómplice más eficaz del bolchevismo. Una de las

tareas más difíciles del historiador es tratar de comprender lo que ocurre en el intervalo, y cómo la imaginación política del hombre democrático puede, literalmente, volverse loca.

Lo que es nazi y lo que es alemán

Permítame volver sobre otros dos puntos de su carta, a los que deseo añadir un comentario.

El primero se refiere a la índole del fascismo como ideología y como régimen. Aunque, a partir de 1965, haya sido yo un admirador de su libro *Der Faschismus in seiner Epoche*, nunca me sentí realmente convencido por su demostración sobre Maurras como precursor del fascismo. A mi manera de ver, Maurras, y la Acción Francesa con él, es demasiado positivista, demasiado cercano a Auguste Comte filosóficamente, para entrar con facilidad en dicha categoría. Sin duda más que usted, yo tendería a ver el fascismo no como contrarrevolucionario sino, por el contrario, como agregando a la derecha europea el refuerzo de la idea revolucionaria, es decir, de ruptura radical con la tradición. Éste es el sentido del primer capítulo de mi libro: hasta el fascismo, la política "antimoderna" se encuentra en el atolladero de la contrarrevolución. Con Mussolini recupera su encanto, su magia ante las masas populares. A mi juicio, en el fascismo existe una idea del porvenir, totalmente ausente de la ideología y la política contrarrevolucionarias del siglo XIX.

El segundo punto que me gustaría discutir sobre lo que usted me escribe se refiere más especialmente a la historia alemana en el siglo XX. Al leerlo, siempre sentí hasta qué punto ésta hirió su patriotismo. Y puedo comprender dicho sentimiento tanto mejor en la medida en que puedo, por mi parte, compartirlo como francés: hay muchos episodios de la historia de Francia en el siglo XX que no hacen honor a mi país, y usted cita uno de los peores, que es la colaboración ofrecida a las autoridades nazis por la policía del gobierno de Vichy en materia de deportación de los judíos, franceses o residentes en Francia. Pero, finalmente, el apocalipsis hitleriano carece de precedentes, y la condena moral de que fue objeto Alemania desde 1945 no tiene paralelo en la historia de las naciones. Por lo tanto, no me cuesta trabajo imaginar el terreno existencial que nutrió su obra histórica, y la especie de pasión que puso usted en distinguir en los crímenes de la Alemania nazi lo que es nazi y lo que es alemán.

Comparto la tesis según la cual la personalidad de Hitler representó un papel fundamental en la tragedia. Sin él, sin su genio político vuelto hacia el mal, todo habría sido diferente. Los historiadores de nuestra época, obsesionados tanto por la idea determinista como por una concepción sociológica de la Historia, a menudo tienden a desconocer lo que tuvo de accidental la tragedia europea en el siglo XX y el papel que en ella representaron algunos hombres. No quieren ver que, en ocasiones, aconte-

cimientos monstruosos tienen causas pequeñas. Sin embargo, el historiador está obligado a tener en cuenta también lo que la tesis funcionalista implica de cierto, ya que la máquina de guerra alemana llevó hasta el final la misión que le asignaba el *Führer*. Y, por último, tampoco puede dejar de considerar lo que la cultura alemana, antes y después de la guerra de 1914, vehiculizaba de violencia revolucionaria nacionalista "antimoderna". Estoy de acuerdo en que este tipo de ideas han estado ampliamente extendidas en Europa en esa época; pero me parece indiscutible que la Alemania de Weimar fue su laboratorio privilegiado, sobre todo a través de sus universidades. Si en su país, el fin del nazismo tuvo ese aspecto de apocalipsis, cuando nada comparable acompañó la caída del fascismo italiano, no fue sólo por razones que radican en el carácter "total" de la guerra, sino también porque la dictadura nazi verdaderamente *desarraigó* a Alemania de su tradición, instrumentando en su provecho algunos elementos de esa tradición.

El papel del antifascismo

Esta cuestión es independiente de aquella otra de saber si el mantenimiento del recuerdo de los crímenes nazis, por lo menos en parte, no cumplió la función de ocultar los crímenes soviéticos. Sobre este último punto, como usted lo sabe, comparto su opi-

nión. El "antifascismo" comunista, en efecto, desempeñó ese papel para hacer creer que el comunismo no era más que una forma superior de la democracia, y por otra parte, su propaganda fue más poderosa todavía en las décadas que siguieron al fin de los regímenes fascistas. Pero si por razones que comprendo, este rechazo "filisteo" (como habría dicho Marx) de una comparación entre los crímenes fascistas y los crímenes comunistas lo entristece y exaspera, no debería llevarlo a desconocer el papel de la *Wehrmacht* en los horrores cometidos por las tropas alemanas en Polonia o en Rusia, y la responsabilidad de Alemania en el nazismo.

Para terminar, llego a sus observaciones acerca de las dificultades que existen hoy en trabajar sobre la historia de nuestro siglo, y en particular sobre la cuestión del "revisionismo" en lo que respecta al genocidio judío.

Diferentes desprestigios

El hecho de que fascismo y comunismo no padezcan de un desprestigio comparable se explica primero por el carácter respectivo de las dos ideologías, que se oponen como lo particular a lo universal. Anunciador de la dominación de los fuertes, el fascista vencido no deja ver más que sus crímenes. Profeta de la emancipación de los hombres, el comunista se beneficia, incluso en su quiebre político y moral, de

la suavidad de sus intenciones. También las circunstancias representaron su papel en esta economía de los recuerdos. La Segunda Guerra Mundial, que extiende hasta nosotros su sombra siniestra, puso al fascismo al margen de la humanidad cuando la Unión Soviética se contaba entre sus vencedores. Y el comunismo se descompuso desde el interior, sin ser vencido. Sus víctimas son ante todo los pueblos que la integran, rusos y ucranianos a la cabeza, mientras que la Alemania nazi mató sobre todo fuera de sus fronteras: los judíos, pero también los polacos, los rusos, los ucranianos, los holandeses, los franceses, etcétera. El Occidente manifestó muy poca compasión para con los pueblos lejanos del Este europeo víctimas del comunismo, mientras que tuvo una experiencia concreta de la opresión nazi.

Por esta vía llego al exterminio de los judíos, que constituye el punto culminante de los crímenes cometidos en el siglo en nombre de una ideología política. Y no excusa ninguno de los otros: ni la matanza de los *kulaks* a comienzos de los años treinta, ni el asesinato masivo de las elites polacas en Katyn y en otras partes en 1940, ni, más cerca de nosotros todavía, los horrores del "Gran Salto adelante" en China o el genocidio camboyano. Pero lo que distingue el Holocausto judío en medio de esas otras figuras políticas del Mal proviene tal vez de dos tipos de razones. El primero consiste en que la empresa de exterminio de los judíos apunta a hombres, mujeres y niños por el solo hecho de que

nacieron como tales, independientemente de toda consideración inteligible extraída de las luchas por el poder. El Terror antisemita perdió toda relación con la esfera política donde se engendró.

El carácter del pueblo judío

La segunda serie de razones se refiere al carácter del pueblo judío, en la historia de la humanidad y muy especialmente de Europa. El pueblo de la Biblia es inseparable tanto de la Antigüedad clásica como del cristianismo. Sobrevive como testigo perseguido de otra promesa en la Edad Media cristiana. Constituye una parte fuera de toda proporción con el número de sus miembros en la emergencia de las naciones y el advenimiento de la democracia. Al martirizarlo, al tratar de destruirlo, los nazis aniquilan la civilización de Europa, con las armas de uno de los pueblos más civilizados de Europa; nosotros —quiero decir nosotros, los europeos, y no solamente los alemanes— no hemos salido de esa desdicha, que nos sobrevivirá. Las formas de rememoración que ésta adopta, el tipo de pedagogía que inspira no siempre son profundos, y entonces puede ser utilizada con fines políticos. Pero lo que expresa debe ser considerado como un sentimiento político esencial entre los ciudadanos de los países democráticos en este fin de siglo. Al historiador, y más generalmente al

intelectual, le corresponde impartir una enseñanza más informada y menos proselitista de esto. Confieso que no es fácil. Pero sí necesario.

Acerca de la cuestión que ocupa las últimas páginas de su carta, casi no tengo observaciones para presentar. No conozco bien la bibliografía que en Europa y los Estados Unidos trata de negar la realidad del exterminio de los judíos por la Alemania nazi, porque lo poco que he leído me dio la sensación de encontrarme frente a autores animados por la vieja pasión antisemita más que por la voluntad de saber. Por el contrario, comparto su visión de Hitler como un jefe totalmente poseído por su odio a los judíos y al "judeobolchevismo" en particular. También lo sigo en la idea de que la refutación de las tesis "negacionistas" (prefiero este término a "revisionistas", pues el saber histórico, en efecto, procede por "revisiones" constantes de interpretaciones anteriores) en modo alguno es contradictoria con el progreso de nuestro conocimiento. Por el contrario, las supone. Nada es peor que querer bloquear la marcha del saber, por cualquier pretexto que fuere, incluso con las mejores intenciones del mundo. Por lo demás, es una actitud insostenible a la larga, y que correría el riesgo de desembocar en resultados inversos de aquellos que pretende buscar. Por eso comparto su hostilidad al tratamiento legislativo o autoritario de las cuestiones históricas. Por desgracia, el Holocausto forma parte de la historia del si-

glo XX europeo. Con tanta mayor razón no debe ser objeto de una prohibición previa, en la medida en que muchos de sus elementos siguen siendo misteriosos, y la historiografía sobre el tema sólo está en sus comienzos.

Lo saluda atentamente.

FRANÇOIS FURET

París, 30 de septiembre de 1996

VIII

Situaciones

ERNST NOLTE

Querido colega,

Le agradezco mucho su respuesta a mi última carta, excesivamente larga. Una vez más, responde usted con una claridad que, en Alemania, tenemos la costumbre de llamar "latina" o "francesa". A mi juicio, las diferencias que subsisten entre nosotros no son más que diferencias de acentuación. Suscribo sin reservas su definición de la naturaleza propia de Auschwitz comparado con el Gulag: traté de captar la desemejanza oponiendo las nociones de "exterminio social" y "exterminio biológico", y simplemente me gustaría añadir que las líneas divisorias no son tan marcadas en la realidad como en el mundo de los conceptos.

También comparto su explicación del privilegio del que goza en la opinión pública el comunismo en cuanto a su adversario más encarnizado, pero querría formular, al respecto, una pregunta: ¿no debería juzgarse más severamente un movimiento cuyas intenciones pueden ser calificadas de "suaves" y que,

en realidad, en todas partes donde se impuso por la violencia provocó una cantidad gigantesca de víctimas, más severamente, digo, que un partido cuyas intenciones de entrada deben calificarse de nocivas?

Me alegra en particular que usted también condene el hecho de someter a sanciones penales a declaraciones, argumentos y evaluaciones en estas materias –con la reserva, naturalmente, de que no se trate ni de injurias ni de agitaciones violentas–; sin embargo, para estas últimas no es preciso crear una penalidad especial.

La Acción Francesa

Me formula usted una pregunta que responderé de buena gana. He visto en la Acción Francesa un "prefascismo" pues, según mi visión, a comienzos del siglo XX fue la expresión más original de la tradición "contrarrevolucionaria". Creo que esta originalidad se revela de la manera más impactante en esta corta declaración de Maurras: "Soy ateo, pero católico". Cuando una fuerza político-cultural, en una situación difícil, recurre a medios inhabituales de confrontación, cuando por ejemplo hace bajar a la calle a sus militantes para manifestar en uniforme, creo que aún no se ha producido una transformación profunda de importancia decisiva; por eso

sobre todo considero ilegítimo el término "austrofascismo".

Pero cuando un partidario del conservadurismo católico se califica de "ateo" y pondera a tal punto su libertad de convicción que se niega a renunciar a ella, siquiera en apariencia, se realiza entonces, en el seno de la contrarrevolución, un acto revolucionario que justifica el uso de un nuevo calificativo, por poco espectacular que pueda parecer dicho acto. Ciertamente, Joseph de Maistre sabía lo que quería decir cuando afirmaba que pretendía no la contrarrevolución, sino lo contrario de la revolución. La noción de contrarrevolución encubre de entrada una parte de revolución, y esto es particularmente claro en Maurras. Pese a la aparente paradoja, es mucho más manifiesto en Hitler, que, precisamente en su antijudaísmo, está mucho más cerca de Maurras que de Mussolini.

Permítame decir una palabra más acerca de mi "patriotismo", del que usted habla como de un "terreno existencial". En mi familia no éramos *deutschnational*, y cuando yo era niño mi primer amor fue para la reina oprimida, María Teresa, y mi primera aversión para el agresivo rey de Prusia, su enemigo. Hicieron falta muchos acontecimientos para que yo pudiera verme llevado a tomar partido por Federico II. A tal punto fue condenado por todas partes, a tal punto padeció la reprobación como el que encarnaba el "mal absoluto", que su imagen de conjunto sólo podía ser groseramente deformada. Es una me-

táfora, y comprenderá usted lo que quiero decir con esto. Pero a propósito de todo cuanto he dicho y que podría parecer notoriamente "patriótico" –y hasta una "disculpa de Hitler"–, me pregunté si hubiese escrito la misma cosa de haber sido americano, inglés o francés. Creo que podría responder con la afirmación en todos los casos. Sin embargo, y para recurrir una vez más a esa metáfora, ni por un instante olvidé que Federico el Grande efectivamente había emprendido una guerra de agresión y anexión contra María Teresa.

Situación

En lo que respecta al presente, sobre lo cual dialogaremos para concluir, en estos últimos tiempos reflexioné con mucha frecuencia no sólo acerca de la situación en la que hoy nos encontramos, sino también acerca del sentido que pueden tener las situaciones en general, y sobre todo frente a la mirada del historiador. La idea de que cada uno es "hijo de su época" es a todas luces una banalidad, pero no todo el mundo vive en el seno de la misma época ni en la misma situación. Si no me equivoco, los años durante los cuales usted llevó a cabo sus estudios y luego comenzó a enseñar estuvieron marcados por un "ascenso de la izquierda", cuyo más conspicuo representante era Jean-Paul Sartre. Cuando yo publiqué *Le fascisme en son époque*, reintroducir el

concepto genérico de "fascismo" y, cosa que iba a la par, relativizar la teoría del totalitarismo dominante, casi sin discusión en Alemania, también era considerado "de izquierda", y por eso a menudo me contaron entre quienes habían abierto el camino al "movimiento del '68". Pero retrospectivamente, aún me acuerdo con gran claridad de que con total conciencia me negaba a dar el último paso, pues sabía que yo era parte constitutiva de esa situación general de la República Federal de Alemania que rehusaba toda lucha nacionalista "por la reunificación", y a largo plazo confiaba en que la aceptación pasajera de la división del país finalmente conduciría a su desaparición. Era una situación única desde el punto de vista de la historia mundial, pues la paciencia jamás fue la virtud de los países divididos. La tesis principal del libro *Le fascisme en son époque* podría formularse en los siguientes términos: Alemania, incluso entre ambas guerras, realmente había formado parte de Europa, y sólo se había descarriado cuando radicalizó una tendencia general, a partir de lo cual debía recuperar la línea directriz de su historia renunciando precisamente por sí misma –y no sólo obedeciendo a una presión exterior– a una segunda tentativa de restitución nacionalista de su territorio.

Entre los historiadores alemanes no había diferencias notables en lo que respecta a esta apreciación de las cosas, y yo también podía sentirme sostenido por un consenso. Pero en la generación joven, justa-

mente la del '68, esta paciencia se convirtió con rapidez en una forma de impaciencia que transformó negativamente la noción de "cultura occidental" y que quiso combatir el "imperialismo del Oeste". Al mismo tiempo, el objetivo de esta paciencia fue revocado, puesto que se exigió el "reconocimiento de la RDA", y por lo tanto la aprobación de la división en dos Estados. Estos jóvenes, manifiestamente, fueron guiados por la convicción de que la RDA, Estado socialista, pese a algunas "deformaciones", encarnaba las mejores potencialidades de Alemania, y que en un lejano porvenir, un día sería la base sobre la cual se edificaría una Alemania socialista reunida en el seno de una Europa socialista.

Fue un azar que justamente en esos años yo haya sido nombrado en la Universidad Libre de Berlín, donde se pasó de la primera fase de la revolución estudiantil, aún muy fluida y marcada ante todo por el nombre de Rudi Dutschke, a la segunda, dogmáticamente comunista y maoísta. Allí es donde tuvo lugar con mayor evidencia un movimiento –por cierto, limitado a los estudiantes y asistentes, así como a algunos escasos profesores– análogo al "ascenso de la izquierda" en la Francia de los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, tanto para una enorme mayoría de profesores universitarios como para la gran mayoría de la población de Berlín occidental, el viejo consenso se mantuvo, y mi libro de 1983, *Marxismus und industrielle Revolution*, no ocultaba su intención de historizar el marxismo despojándolo de

su pretensión de una verdad absoluta. No obstante, y por así decirlo bajo cuerda, en el resto de la República Federal se impuso cada vez más un compromiso –incluso entre los profesores y periodistas– que ciertamente no llegaba a querer identificarse con la RDA, pero que orientó la atención casi con exclusividad sobre los "crímenes del nazismo", hasta el punto de que la teoría antes evidente del totalitarismo y la concepción de una doble forma de los movimientos y regímenes totalitarios fueron consideradas no sólo como obsoletas sino, además, como una aberración, cuando no una villanía.

Mi teoría del totalitarismo

Así, afirmar la dualidad de los Estados alemanes se volvió un imperativo moral. Y hasta qué punto estaba ahora en desacuerdo con el consenso general en la República Federal se puso de manifiesto de la noche a la mañana cuando, en la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 6 de junio de 1986, apareció mi artículo –que exponía las grandes líneas de la "versión histórico-genética" de la teoría del totalitarismo– y suscitó una indignación casi unánime que, luego, fue llamada la "pelea de los historiadores". Yo mismo no establecía allí una relación con la "cuestión alemana", y ese lazo era secundario según mi manera de ver. Sin embargo, algunos de mis adversarios lo hicieron, insistiendo mucho en

ello. Pero cuando el presidente de la República Federal de la época pareció haber puesto fin a la controversia adoptando una posición oficial que zanjaba definitivamente en favor de mis adversarios, no tardó más de un año en producirse el derrumbe interno del régimen comunista en Europa oriental, y la "paciencia" evocada respecto de la reunificación tuvo un final feliz casi inesperado.

De pronto, pareció deslindarse un consenso general: salvo algunas excepciones, aquellos que, ayer, habían sido los amigos de la RDA adoptaron el concepto de totalitarismo. Yuxtaponer a Hitler y a Stalin, y hasta Auschwitz y el Gulag, pronto resultó una suerte de lugar común. Así es como nació la situación actual, y pudo parecer que todos aquellos que en adelante podían sentirse sostenidos por un nuevo consenso más general, también eran aquellos que habían rehusado suscribir a la verdad absoluta reivindicada por el comunismo marxista cuando la parte más grande y activa de la juventud estudiantil estaba penetrada de ella. Sin embargo, por comprensibles que fuesen tales esperas, rápidamente resultaron engañosas.

La unificación alemana

A principios de 1990 se comenzó a hablar de la idea de crear una "Fundación nacional alemana", destinada a financiar los costos de la reunificación. Se

esperaba que amplios círculos de la nación alemana estarían dispuestos a aceptar notables sacrificios. Pero los hombres políticos en el poder rehusaron tal proyecto, y tuvieron razón, en la medida en que las sumas de varios centenares de miles de millones de marcos que resultaron necesarios, como se vio poco a poco, no hubieran podido ser recolectadas por aportes voluntarios. Sin embargo, fue una decisión política desdichada la de dar la impresión, en 1990, de que la reunificación podría ser financiada de algún modo como quien no quiere la cosa y con dinero de bolsillo. Se privó de esta manera a los alemanes occidentales de la posibilidad de imitar a sus antepasados que, en la época de las guerras de liberación, dieron "oro por hierro". Se les impidió mostrar a sus compatriotas liberados de la ex RDA, a través de un sacrificio visible, que los discursos sobre "la sociedad donde siempre había que abrirse camino a los codazos", con que los habían adoctrinado durante cuarenta años, eran falsos. Esta impresión se fortaleció, entonces, en una cantidad de habitantes de la ex RDA donde únicamente se realizaban acciones del Estado, pero ningún acto bien tangible de la población.

Por supuesto, las críticas según las cuales la industria de la RDA sería comprada por el capitalismo de Alemania occidental y destruida por cuestiones competitivas eran injustificadas, y una mirada sobre Polonia y Hungría habría obligado a reconocer que se emprendería una modernización general y que el

nivel de vida de la población, no obstante, mejoraría. Pero la manera en que esta industria fue entregada a las ofertas de los inversores del mundo entero dio crédito a la impresión de que la población del Este no era más que el juguete de una perturbación padecida y de acciones extranjeras.

El sistema anterior extremadamente autoritario, la economía planificada, fue disuelto –por así decirlo– sin transición ni explicación, y reemplazado por el sistema de la competencia entre empresas y la pluralidad de partidos, que como tal, no tenía un portavoz que fuera una autoridad ni pudiera suministrar justificaciones. Por otro lado, los alemanes occidentales terminaron pensando que el "capitalismo" –el sistema de la economía de mercado extendida al mundo entero que Marx y Engels en 1850 habían declarado que estaba a punto de desaparecer– se había desarrollado, durante las décadas de la Guerra Fría, mucho más allá de lo que era en 1945; y que en el momento en que ya no había adversarios en la Historia, también perdía las características que, en cuanto "sistema liberal" y democracia efectiva, lo habían hecho digno de ser defendido, y hasta de ser amado por la gran mayoría. Justamente en la medida en que los adversarios de este sistema ya no podían ofrecer otra alternativa, los discursos sobre su monstruosidad, su índole contraria a la naturaleza humana, recuperaron cierto crédito. Se reforzó la impresión, y no solamente en Alemania, de que las verdaderas decisiones –sobre el proyecto

de unión monetaria y el problema de la inmigración, por ejemplo– eran tomadas en Bruselas y en Washington, bajo la presión de procesos anónimos, sin que se concediera la menor participación al ciudadano común.

¿Cómo orientarse en lo sucesivo?

Interrumpo esta descripción alusiva de la situación y resumo aquello que, para el historiador, es de un interés particular: la situación clara de la Guerra Fría fue reemplazada por una suerte de ausencia de situación que torna extremadamente complejo orientarse. Comprometerse por un "mundo mejor" es por cierto loable, pero más allá de lo que esta actitud pueda tener de banal y de evidente, tal compromiso tropieza con grandes dificultades. ¿No sería preferible comprometerse en la "lucha de las civilizaciones" en el sentido de Samuel Huntington? O bien, ¿la perspectiva realista consistiría en que cada uno dé muestras de la mayor capacidad de adaptación –teniendo en cuenta el mundo entero– a las exigencias de su o sus empresas, y que transpuesto en el mundo de la disciplina histórica, cualquier doctorado pueda tratar –animado de una similar objetividad, pero también de una similar indiferencia– cualquier tema que, en cualquier parte, no importa dónde, estuviera "disponible"? ¿No es necesario que nosotros, los mayores, reconozcamos que nuestro

trabajo dependía –más de lo que éramos conscientes– de ciertas "situaciones", cosa que significaría que habíamos trabajado comprometiéndonos? Y ese arnés de la situación, a condición de que uno se esforzara por mantener cierta distancia y al mismo tiempo por reservar una parte a la autocrítica, ¿no era sin embargo, si no más científico, por lo menos más histórico que lo que produce la ausencia de "situación" que caracteriza el mundo único de la economía de mercado y de la competencia, donde todas las cosas están igualmente cercanas, y por tanto pueden ser examinadas y analizadas con la misma objetividad fría e imparcial? O bien, ¿tales reflexiones no son acaso más que bosquejos ideales típicos que suscitan temores abstractos e irreales, apartándonos de los verdaderos peligros?

De hecho, veo que aparece una amenaza concreta: que el "capitalismo" totalmente desencadenado, que domina el mundo entero, deja que el vacío que arrastra consigo sea colmado por un "antifascismo" que simplifica y mutila la Historia, del mismo modo que el sistema económico uniformiza el mundo. Sin embargo, mientras un porvenir de este tipo pueda ser experimentado como un peligro, está permitido oponerse a él, no para imponer otra representación concreta del porvenir, sino basándose en la convicción de que la conciencia que los hombres pueden tener de sí mismos requiere la reflexión histórica, y que no puede ni ser realizada por computadoras ni reemplazada por perogrulladas informáticas.

Así, de la ausencia de situación que jamás puede ser total, podría resultar una situación nueva donde se concedería un valor significativo al hecho de asimilar la Historia, aunque ya no deberían existir situaciones históricas en el sentido hasta entonces corriente.

Le ruego que me perdone por haber hablado tanto de Alemania y de mí mismo. Me sentiría feliz si por su parte –y por molesta que fuere la brevedad requerida por el poco espacio de que disponemos–, usted pudiera emprender la tarea de describir la situación francesa del período de posguerra, así como, correlativamente, la situación de la historiografía en Francia. Supongo que, entonces, nuestras diferencias resaltarían de manera tan notable como nuestras proximidades y hasta nuestros acuerdos, los que, al fin y al cabo, bien podrían ser visibles.

Atentamente suyo.

ERNST NOLTE

Berlín, 11 de diciembre de 1996

IX

Éste es el telón de fondo melancólico de este fin de siglo

FRANÇOIS FURET

Querido señor,

Gracias por su última carta. A mi vez, voy a esforzarme por situarnos, a usted y a mí, ¡con una mayor certeza por lo que a mí me toca!

En la medida en que el historiador es prisionero de su tiempo, y en que la historia que escribe también está en la Historia, somos hijos de dos situaciones diferentes. En la Francia de posguerra, en la época en que yo cursaba mis estudios, la atmósfera intelectual estaba dominada por la filosofía marxista de la Historia, por razones de diferente naturaleza. Unas eran de orden intelectual, pero no tan influyentes como generalmente se lo piensa: el marxismo como cuerpo de doctrina no tenía raíces profundas ni en la *intelligentsia* ni en la universidad, y el paisaje filosófico de la época de la Liberación estaba dominado por el existencialismo sartreano, que era más deudor de Heidegger que de Marx. Pero obraban razones políticas, mucho más poderosas. El fin de la Segunda Guerra Mundial, acompañado por el

descubrimiento de los crímenes nazis por la opinión pública, parecía haber ilustrado un tribunal de la Historia, y el Ejército Rojo tenía el crédito de haber pagado el mayor tributo a ese gran deber de humanidad que había sido la derrota de Hitler.

Nuestras situaciones respectivas

A esta coyuntura general, las circunstancias particulares de la historia reciente de Francia añadían un peso suplementario. Francia había sido militarmente aplastada por Alemania en mayo-junio de 1940, y su derrota había encarrilado al régimen sin gloria de Vichy. En 1944-1945, ese pasado tan reciente era una carga sobre el país liberado. A esta doble razón para ser desdichado por la historia de su país, un joven francés de esa época podía encontrar un consuelo en el desarrollo –ciertamente tardío– que habían asumido los movimientos de resistencia frente a la ocupación nazi. En relación con la Tercera República, cuyo quiebre había sido sin apelación, esos movimientos, empero, sólo contribuían con dos ideas nuevas, la idea gaullista y la comunista. Respecto de la tradición de izquierda, la primera padecía el doble inconveniente de una estrechez nacionalista –cuando el fascismo vencido acababa de mostrar sus peligros– y del hecho de recurrir a un hombre providencial, tan sospechoso para la ideología republicana. La segunda tenía a su favor el acto

de envolver el proyecto de un renacimiento nacional en el universalismo democrático. Ofrecía –parecía ofrecer– un remedio más radical y moderno a la vez al ocaso de una nación traicionada por sus elites. A través de la idea comunista, un joven francés de mi generación, que había crecido en la guerra sin haberla hecho, podía nutrir la ilusión de coronar su sentido democrático al tiempo que trabajaba para un renacimiento nacional. Ése fue mi caso.

A mi modo de ver –en la medida en que pueda juzgarlo–, la situación del joven alemán que usted era entonces es muy diferente. La Alemania de posguerra debía pensar en la catástrofe nacional del nazismo, que la convertía en un objeto de reprobación del mundo entero, pero estaba inmunizada contra el encanto de la idea comunista, ya que acababa de ser parcialmente conquistada por el Ejército Rojo, que acampaba al Este del país. Ese estado de cosas dejaba un espacio al concepto de totalitarismo, que en esa época, escribe usted, gozaba "de un ascendiente indiscutido" en Alemania, como por otra parte en los Estados Unidos. Fue en este espacio donde escribió usted su libro sobre el "*fascismo en su época*". Si lo comprendo bien, sin embargo, su libro vaciló en extraer todas las consecuencias de la idea totalitaria, por miedo a dar la impresión de llamar a una reunificación de Alemania en contra de la URSS. Mientras que el anticomunismo es rechazado en Francia por motivos ideológicos, en Alemania lo es por razones de prudencia y de moderación forzadas.

En el arranque, pues, usted y yo nos hallamos en coyunturas políticas e intelectuales muy diferentes. Pero esta situación no dura mucho tiempo, ya que desde mediados de los años cincuenta, yo formo parte de una primera diáspora de los intelectuales comunistas franceses que se separan del comunismo; y porque en 1965, cuando aparece su libro en francés, soy uno de sus primeros admiradores. Lo cual implica que, aunque no comparta todos sus juicios (en especial el análisis de la Acción Francesa, sobre la cual volveré), entré sin esfuerzo en el esquema conceptual de su libro, que hace nacer el fascismo (y el nazismo) de una doble radicalización de la crítica tanto del liberalismo como del marxismo.

1968 Y EL ANTICOMUNISMO

Pero tras haberse vuelto comparables, nuestras situaciones divergen otra vez luego del gran trastorno estudiantil de los años sesenta, que culminó en 1968. Usted escribe que en Alemania ese movimiento desembocó en una condena del "imperialismo occidental", al mismo tiempo que en una suerte de rehabilitación de la RDA en la opinión de los jóvenes, hasta el punto de ver en ella la base futura de una reunificación de Alemania. Así, el comunismo encontraría en su país, tardíamente, la especie de inmunidad a la crítica de la que gozó en Francia quince o veinte años antes. En Francia, por contraste, la "revolución" de

1968 (empleo esa palabra por falta de un término mejor) condujo a resultados inversos. También conoció su corriente maoísta, al lado de muchas otras tendencias, algunas de ellas radicalmente "liberales", como el individualismo hedonista. Pero hasta la corriente maoísta dista mucho de haber sido solamente neoestalinista; implicó matices libertarios, anarquistas, por curioso que pueda parecer. Y resulta característico que la obra de Solyenitzin haya sido recibida con entusiasmo en Francia, alrededor de 1975, por muchos ex maoístas. En otras palabras, aquí, 1968 *también* nutrió el anticomunismo. Fue con Solyenitzin que el concepto de totalitarismo gana su derecho de ciudadanía en París. El éxito de mi libro puede ser inscripto en la continuación de lo que ahí comenzó; cosa que singulariza a los intelectuales franceses en el Oeste europeo, donde la evolución de los espíritus estuvo más de acuerdo con el ejemplo alemán. Quiero decir que el concepto de totalitarismo fue progresivamente desacreditado, en el mismo momento en que adquiría una legitimidad tardía en Francia.

Una atmósfera de intolerancia

Fue entonces cuando el carácter *único* del nazismo fue esgrimido un poco en todas partes, no para permitir una mejor comprensión histórica, sino, por el contrario, para prohibir su análisis, por horror de

los crímenes que cometió. Si toda tentativa de historizar el fascismo (y el nazismo), *a fortiori* de compararlo con otras experiencias contemporáneas, es considerada como una "comprensión" culpable en relación con sus crímenes, entonces los historiadores del siglo XX sólo pueden callarse, bajo pena de ser acusados de complicidad póstuma. Esta atmósfera de intolerancia, tan desfavorable al trabajo del espíritu, también existe en Francia, sobre todo en la prensa, pero no es tan universal como para que impida reflexionar acerca de las tragedias de nuestro siglo. Una vez más, la prueba de esto es el recibimiento que se le dispensó a mi libro, incluso en la izquierda, y hasta entre los comunistas, que lo discutieron sin intentar descalificarme. Si usted, en cambio, fue objeto de un verdadero proceso de "demonización" por parte de la izquierda alemana, me parece que es a causa de dos series de razones, que diferencian su situación de la mía. Unas tienen que ver con la coyuntura política y "nacional" de Alemania, que paradójicamente torna candente la cuestión del comunismo en el momento de su derrumbe, como si la cuestión del totalitarismo en nuestro siglo no dejara de atormentar el destino alemán. Las otras le pertenecen en forma personal y se hallan en el centro de nuestra discusión. Me permitirá, pues, que vuelva sobre este tema.

Una pena alemana

Me escribe usted que no pertenece al nacionalismo ni por tradición ni por elección, y que habría escrito poco más o menos las mismas cosas de haber sido americano, inglés o francés. Sobre el primer punto, no tengo motivos para no creerle: su testimonio sobre usted mismo no puede ser refutado. Sobre el segundo, en cambio, ¿cómo explica usted que todos sus lectores hayan percibido en sus libros la pena particular de un ciudadano alemán golpeado por la tragedia de su nación y el descrédito sin igual en que cayó su país como consecuencia de los crímenes nazis? Cuando digo todos sus lectores, quiero decir no sólo sus adversarios políticos en Alemania sino yo, por ejemplo, que lo leyó con una mirada imparcial, y por otra parte con provecho. Tomemos su tesis, de la que ya hemos discutido, que hace surgir los movimientos fascistas de la amenaza bolchevique. Yo la considero inexacta, en la medida en que la ideología fascista, a mi juicio, está si no plenamente establecida, por lo menos constituida en sus principales elementos antes de la guerra de 1914, sin lazos con lo que todavía no es más que el muy pequeño partido de Lenin en la Rusia de los zares. Pero independientemente de este debate, ¿cómo no ver en lo que usted asegura que es el carácter *segundo* del nazismo respecto del bolchevismo una tentativa de disculpar a uno para cargar al otro? Si los crímenes nazis son una respuesta a los crímenes

bolcheviques, evidentemente no por ello adquieren un carácter menos criminal, pero sí menos deliberado, y en todos los sentidos de la palabra, menos *primero*.

Pero quiero ir más a fondo que esta comprobación de sentido común y volver a plantear la cuestión de la idea fascista preexistente en el movimiento fascista. A tal punto sabe usted que existe una "prehistoria" del fascismo, independiente del marxismo, antes de la guerra de 1914, que le consagra el primer tomo de su libro de 1965. Y ¿a quién toma como representante típico de esta prehistoria? A Maurras, el fundador de la Acción Francesa.

La elección de Maurras

Estoy de acuerdo en que la elección de un escritor francés de parte suya no haya sido deliberada, aunque tratándose de la filiación del fascismo y del nazismo, habría sido más natural volverse hacia la literatura política italiana o alemana. Me imagino que si no lo hizo es porque, como Heidegger, usted piensa que la idea fascista es más todavía hija de Europa que de una de las naciones europeas en particular, cosa que no es falsa. Aun así, los excepcionales estragos que perpetró en Alemania sin duda justifican que el historiador se incline especialmente sobre sus fuentes alemanas, que la historia de las ideas suministra con profusión, antes de la guerra de

1914 y bajo la República de Weimar. En materia de pensamiento antiliberal, no creo que pueda encontrarse un repertorio más rico y más radical.

Al volverme hacia la Francia de la misma época, yo, por mi parte, acepto sin dificultades las demostraciones de nuestro colega israelí Sternhell sobre la existencia, en el interior de sus fronteras, de una ideología "prefascista". Sin embargo, Maurras me parece un ejemplo mal escogido. A mi modo de ver, como por otra parte al suyo propio, a fines del siglo XIX él encarna la tradición contrarrevolucionaria francesa, la celebración de la sociedad "orgánica", preindividualista: sin embargo, *por esta misma razón*, para mí él es ajeno al espíritu del fascismo, que es revolucionario, abierto sobre una sociedad fraterna que está por construir, y no echando de menos el mundo jerárquico. El modelo de la monarquía absoluta francesa está constantemente presente en Maurras, mientras que en Mussolini o en Hitler (o incluso en Marinetti o en el Jünger de comienzos de los años treinta) toda referencia a un régimen pasado es inexistente. Podría completarse la argumentación con un examen de las filosofías respectivas: la filosofía del fascismo está basada en la afirmación de las potencias irracionales de la vida, la de Maurras está hecha de un racionalismo positivista, extraído de Auguste Comte.

Usted me escribe que, a su juicio, lo que permite clasificar a Maurras entre los pensadores pre o parafascistas es su actitud con respecto al catolicismo:

él celebra la Iglesia Católica sin ser creyente. Ama a la Iglesia como cuerpo, como organización social, como imagen de la unidad espiritual de los franceses. Pero no puede creer en lo que enseña; no, como usted lo dice, porque le preocupe su "libertad de conciencia", sino porque como racionalista no puede someter su espíritu a un conjunto de creencias irracionales. Esta actitud no le es particular entre los franceses del siglo XIX. Napoleón la tuvo antes que él, al firmar el Concordato, y la burguesía voltairiana, luego de 1848, comparte ampliamente ese estado de ánimo. La instrumentación de la Iglesia con fines de orden político y social es una trampa en la cual caen hasta los verdaderos católicos: qué decir entonces de los otros...

En efecto, realmente se trata de una contradicción central de la Acción Francesa esta erección de la Iglesia Católica en poder espiritual de la nación, cuando los fundadores de la doctrina no creen en sus dogmas: y esta contradicción terminará por arruinar el movimiento, luego de su condena por Roma. Pero no veo en qué es original o "revolucionaria".

El fascismo es revolucionario

Llego aquí, tal vez, con este último adjetivo, a lo que separa nuestras concepciones del fascismo. Para mí, la novedad del fascismo en la Historia consistió en emancipar la derecha europea de los atolladeros

inseparables de la idea contrarrevolucionaria. En efecto, aquélla no dejó de verse aferrada, en el siglo XIX, en la contradicción de tener que emplear medios revolucionarios para vencer, sin poder fijarse otro objetivo, sin embargo, sino la restauración de un pasado de donde el mal, no obstante, ha surgido. Nada semejante ocurre con el fascismo: ya no es definido por una *re-acción* (retorno hacia atrás) a una revolución. Él mismo es la revolución. Creo que, encarnizado como está en subrayar el carácter reactivo del fascismo, subestima usted su novedad. Después de todo, lo que se trata de comprender es la formidable atracción que ejerció sobre las masas en el siglo XX, cuando la idea contrarrevolucionaria no había poseído nada de esa influencia en el siglo precedente.

Melancolía

Termina usted su carta con interrogaciones sobre el presente, que comparto. Observa muy justamente que el derrumbe del comunismo soviético trajo aparejado, curiosamente, un desplazamiento de las opiniones públicas de Europa hacia la izquierda. Cuanto más triunfante es el capitalismo, tanto más detestado; con la Unión Soviética perdió uno de sus mejores brillos, el que lo constituía en vidriera de la libertad. Está desposeído de su mejor argumento, el anticomunismo. La crítica de sus fechorías es más libre,

más abierta, más fácil, desde el momento en que está liberada del deber complementario de celebrar un socialismo policial. Lo curioso del asunto es que la izquierda europea no es considerada responsable ni de sus complacencias ni de su sostén a este socialismo. Como no utiliza ya la idea socialista sino negativamente, como crítica del capitalismo y no ya como adhesión a un régimen existente, recuperó un discurso menos vulnerable. Ya no debe justificar otra sociedad, puesto que ya no existe ninguna otra. Puede contentarse con criticar la sociedad democrática como no democrática, es decir, incapaz de responder a las expectativas que crea y las promesas que hace. En lo sucesivo no se arraiga sino en el más viejo sueño de la democracia moderna, que consiste en separar democracia y capitalismo, en conservar a una y rechazar al otro, cuando forman juntos una misma historia.

Éste es el telón de fondo melancólico de este fin de siglo. Aquí estamos, encerrados en un horizonte único de la Historia, arrastrados hacia la uniformización del mundo y la alienación de los individuos en la economía, condenados a moderar sus efectos sin tener contacto con sus causas. La Historia resulta tanto más soberana en la medida en que acabamos de perder la ilusión de gobernarla. Pero, como siempre, el historiador debe reaccionar contra aquello que, en la época en que escribe, adopta un aspecto de fatalidad: demasiado bien sabe que ese tipo de evidencias colectivas son efímeras. Las fuer-

zas que trabajan para la universalización del mundo son tan poderosas que provocan encadenamientos de circunstancias y situaciones incompatibles con la idea de leyes de la Historia, *a fortiori* con la de una posible previsión. Hoy menos que nunca debemos jugar a los profetas. Comprender y explicar el pasado ya no es tan sencillo.

Reciba usted, mi querido colega, mis más atentos saludos.

FRANÇOIS FURET

París, 5 de enero de 1997

ÍNDICE

Nota del editor francés 7

I. François Furet: **Sobre la interpretación del fascismo de Ernst Nolte** 11

II. Ernst Nolte: **Más allá de los atolladeros ideológicos** 21
Izquierdas alemana y francesa 25
La versión genético-histórica del totalitarismo 30

III. François Furet: **Un tema tabú** 33
La obsesión del nazismo 36
Hasta tal punto son interdependientes... 38
El odio a la burguesía 40
Solamente una parte de verdad 41

IV. Ernst Nolte: **Del Gulag a Auschwitz** 45
Reacciones comprensibles 49
Un *nexus* causal 52
Objeciones legítimas 55

V. François Furet: **La relación dialéctica fascismo-comunismo** 57
El papel de la guerra 63
La matanza de los judíos europeos 65
La especificidad de las pasiones y los crímenes 67

VI. Ernst Nolte: **Sobre el revisionismo** 69
El núcleo racional 71
Dos observaciones críticas 77

La cuestión del revisionismo 80
Lo esencial es indiscutible 88

VII. François Furet: **El antisemitismo moderno** 93
Una relación privilegiada 96
La idea del complot 97
Lo que es nazi y lo que es alemán 99
El papel del antifascismo 101
Diferentes desprestigios 102
El carácter del pueblo judío 104

VIII. Ernst Nolte: **Situaciones** 107
La Acción Francesa 110
Situación 112
Mi teoría del totalitarismo 115
La unificación alemana 116
¿Cómo orientarse en lo sucesivo? 119

IX. François Furet: **Éste es el telón de fondo melancólico de este fin de siglo** 123
Nuestras situaciones respectivas 126
1968 y el anticomunismo 128
Una atmósfera de intolerancia 129
Una pena alemana 131
La elección de Maurras 132
El fascismo es revolucionario 134
Melancolía 135

Se terminó de imprimir en abril de 1999 en
Imprenta de los Buenos Ayres, Carlos Berg 3449,
Buenos Aires, República Argentina.
Se tiraron 2.000 ejemplares.

SECCIÓN DE OBRAS DE POLÍTICA Y DERECHO

Ernst Nolte
El pasado de una ilusión

Ernst Nolte
Marx y la revolución francesa

François Furet
La guerra civil europea, 1917-1945

Hélène Carrère d'Encausse
Lenin

Alexandr Solienitsin
Rusia bajo la avalancha

Sección de Obras de Historia

François Hartog
Memoria de Ulises
Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia

Anthony Grafton
Los orígenes trágicos de la erudición

Juan Carlos Korol - Enrique Tandeter
Historia económica de América Latina: problemas y procesos

Carlo M. Cipolla
Las máquinas del tiempo

Carlo M. Cipolla
Conquistadores, piratas, mercaderes
La saga de la plata española

Vito Fumagalli
Matilde di Canossa